



LA AMENIDAD

BOLETÍN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

Y todos subieron á las rocas, á fin de ganar la plataforma superior, que se extendía por encima de las gargantas de Nerissa.

—¡Mirad, mirad!—dijo Selim.

En efecto, un fenómeno se producía en aquel momento; fenómeno natural, que, por un sencillo efecto de refracción, hacía aparecer á lo léjos los parajes tan deseados.

Á medida que iba siendo de día, un miraje volvía poco á poco los objetos situados en el horizonte. Hemos dicho que las colinas, que se extendían por los límites de la llanura, se hundían en el suelo como las pinturas de una decoración.

—¡El mar, es el mar!—exclamó Ahmet.

Y todos repitieron con él:

—¡El mar, el mar!

Y aunque esto fué un efecto de refracción, el mar estaba apenas algunas leguas.

—¡El mar, el mar!—no cesaba de repetir el señor Keraban.—Pero, si no es el Bósforo, si no es Scutari, estamos á último día del mes, y....

—¡Es el Bósforo, es Scutari!—exclamó Ahmet.

El fenómeno acababa de acentuarse, y, sin embargo, toda la silueta de una ciudad en anfiteatro se destacaba en los últimos planos del horizonte.

—¡Por Allah, es Scutari!—repitió Keraban.—Hé ahí su panorama que domina el estrecho. Hé ahí la mezquita de Buynk-Djami.

Y en efecto, era Scutari, que Selim acababa de abandonar tres horas ántes.

—¡En marcha, en marcha!—exclamó Keraban.

Y como buen musulmán, que en todas las cosas reconoce la grandeza de Dios,

—¡Ilah il Allah!—añadió, volviéndose hácia el sol saliente.

Un instante después la pequeña caravana se diri-

gia hacía el camino que contorna la orilla izquierda del estrecho.

Cuatro horas despues, en 30 de Setiembre (último día fijado para la celebracion del matrimonio de Amasia y Ahmet), el señor Keraban, sus compañeros y su asno, despues de haber acabado aquella vuelta al mar Negro, aparecian en las alturas de

Scutari, y saludaban con sus aclamaciones las orillas del Bósforo.

XIV.

EN EL CUAL VAN MITTEN TRATA DE HACER COMPRENDER LA SITUACION Á LA NOBLE SARABOUL.

En uno de los más bellos sitios que pueda imagi-



La posesion del Sr. Keraban.

narse, á cierta distancia de la colina sobre la que se desenvuelve Scutari, era donde estaba situada la posesion del señor Keraban.

Scutari, ese arrabal asiático de Constantinopla, la antigua Crisópolis, con sus mezquitas de doradas cúpulas; toda la confusion de sus barrios, en donde reside una poblacion de cincuenta mil habitantes; su embarcadero, flotando sobre las aguas del estrecho; la inmensa cortina de cipreses de su cementerio (aquel campo de reposo preferido por los ricos musulmanes, que temen que la capital, siguiendo una leyenda, sea tomada mientras los fieles oyen sus oraciones); despues, á una legua de allí, el monte Boulgourlou, que domina aquel conjunto y permite

extender la vista sobre el mar de Mármara, el golfo de Nicomedia, canal de Constantinopla; nada puede dar una idea de aquel espléndido panorama, único en el mundo, sobre el que se abrian las ventanas de la posesion del rico negociante.

Á aquel exterior, á aquellos jardines en terraza, á los bellos árboles, plátanos, hayas y cipreses que los daban sombra, respondia dignamente el interior de la habitacion.

Verdaderamente hubiese sido sensible el destruirlo por no querer pagar cotidianamente algunos paras, á los que estaban todavia impuestos los caiques del Bósforo.

Era entónces mediodía. Desde hacia cerca de tres

horas el amo de la casa y sus huéspedes se habían instalado en aquella espléndida posesión. Después de haber arreglado sus *toilettes*, descansaban de las fatigas y de las emociones del viaje, Keraban, alegre de su aventura, burlándose del Muchir y de sus perjudiciales impuestos; Amasia y Ahmet, felices como dos futuros que van á ser esposos; Nedjeb, en una perpétua carcajada; Bruno, satisfecho, diciendo que ya engordaba más, pero inquieto por su señor; Nizib, siempre tranquilo, aun en las grandes circunstancias; el señor Yamar, más feroz que nunca, sin que pudiera averiguarse la causa; la noble Saraboul, tan imperiosa como pudiera estarlo en la capital del Kurdistan, y Van Mitten, bastante preocupado por el resultado de aquella aventura.

Si Bruno aseguraba ya cierto mejoramiento en su delgadez, no era sin razón. Había tenido una comida tan abundante como magnífica. No era la famosa comida á la que había invitado á su amigo Van Mitten seis semanas ántes; pero siendo un almuerzo, no era por eso menos excelente. Y sin embargo, todos los convidados, reunidos en el más encantador salón de la posesión, cuyas anchas ventanas se abrían sobre el Bósforo, acababan, en una animada conversación, de congratularse los unos á los otros.

—Mi querido Van Mitten — dijo el señor Keraban, el cual iba y venía dando apretones de manos á sus huéspedes — era una comida á la que yo os había invitado; pero no es necesario disculparme si la hora nos ha obligado....

—No me quejo, amigo Keraban — respondió el Holandés. — ¡Vuestro cocinero ha hecho muy bien las cosas!

—Sí, muy buena cocina, verdaderamente, muy buena cocina — añadió el señor Yamar, que había comido más de lo regular — aun para un kurdo de gran apetito.

—No se haría mejor en el Kurdistan — respondió Saraboul — y si alguna vez, señor Keraban, vais á Mossoul á visitarnos....

— ¡Cómo! — exclamó Keraban — iré, bella Saraboul, iré á veros á vos y á mi amigo Van Mitten.

—Y nos proponemos que no os echéis de ménos vuestra posesión.... lo mismo que vos á Holanda — añadió la amable Saraboul volviéndose hácia su futuro.

— ¡Cerca de vos, noble Saraboul!.... — creyó deber responder Van Mitten, que no llegó á terminar la frase.

Después, mientras la amable kurda se dirigía hácia las ventanas del salón, que se abrían sobre el Bósforo:

— El momento ha llegado, creo — dijo á Keraban — de decirle que este matrimonio es nulo.

— ¡Tan nulo, Van Mitten, como si no se hubiese efectuado jamás!

— ¡Me ayudaréis un poco, Keraban, en esa tarea.... que no deja de ser escabrosa!

— ¡Hun!.... amigo Van Mitten — respondió Keraban — esas son cosas íntimas.... que no deben tratarse más que cara á cara.

— ¡Diablo! — dijo el holandés.

Y fué á sentarse en un rincón para buscar cuál podría ser el mejor modo de obrar.

— ¡Digno Van Mitten! — dijo entonces Keraban á su sobrino — ¡qué escena con su kurda!

— Es necesario no olvidar — respondió Ahmet — que por nosotros ha continuado la mentira hasta casarse con ella.

— Por eso la ayudaremos, sobrino mío. ¡Bah! estaba casado en el momento en que, bajo pena de prisión, se le ha obligado á efectuar ese nuevo matrimonio, y para un occidental, es un caso de nulidad absoluta. Por lo tanto, no hay nada que temer.... ¡nada!

— Lo sé, tío, pero cuando la señora Saraboul recibe ese golpe, ¡qué furor de pintura engañada!.... Y el odiado Yamar, ¡qué explosión de pólvora!

— ¡Por Mahoma! — respondió Keraban — les haremos entrar en razón. Después de todo, Van Mitten no era culpable de lo que fuese aquello, y en el paradero de Rissar el honor de la noble Saraboul jamás ha corrido ni la menor sombra de peligro.

— Jamás, tío Keraban, y es claro que esa tierna viuda buscaba el casarse á todo precio.

— Sin duda, Ahmet. Así es que no ha necesitado más que echar la mano sobre el bueno de Van Mitten.

— ¡Una mano de hierro, tío Keraban!

— ¡De acero! — replicó Keraban.

— Pero en fin, tío mío, se trata prontamente de deshacer ese falso matrimonio....

— Se trata de hacer uno verdadero, ¿no es verdad? — respondió Keraban frotándose las manos como si las tuviese jabonadas.

— Sí.... ¡el mío! — dijo Ahmet.

— ¡El nuestro! — añadió la jóven que acababa de aproximarse. — ¿Le hemos merecido?

— Bien merecido — dijo Selim.

— Sí, mi pequeña Amasia — respondió Keraban — merecido diez veces, cien, mil. ¡Ah, querido hijo! cuando pienso que por mí, por mi torpeza, ha sido necesario....

— ¡Bueno! No hablémos de eso — dijo Ahmet.

— ¡No, jamás, tío Keraban! — dijo la jóven tapándose la boca con su pequeña mano.

— Así es que — repuso Keraban — he hecho voto.... ¡Si he hecho voto.... de no eucaprcharme, sea lo que fuere.

— ¡Querria ver eso para creerlo! — exclamó Nedjeb riéndose.

— ¿Eh? ¿qué ha dicho esa burlona Nedjeb?

— ¡Oh, nada, señor Keraban!

— Sí — repuso éste — no quiero ser más testarudo.... si no en amarme á los dos.

— ¡Cuándo renunciará el señor Keraban á ser el más testarudo de los hombres!.... — murmuró Bruno.

— ¡Cuándo no tenga cabeza! — respondió Nizib.

— ¡Y todavía! — añadió el rencoroso servidor de Van Mitten.

Sin embargo, la noble Saraboul se había aproximado á su futuro que estaba pensativo en su rincón, buscando sin duda la solución de su tarea, tanto más difícil cuanto que tenía que ejecutarla él.

—¿Qué teneis, señor Van Mitten?— le preguntó.
—Os encuentro pensativo.

—¡En efecto, cuñado!— añadió el señor Yanar.
—¿Qué hacéis ahí? ¡No nos habréis traído á Scutari para no ver nada, imagino! Mostradnos, por lo tanto, el Bósforo, como nosotros os enseñáremos dentro de algunos días el Kurdistan.

Á aquel nombre el holandés se conmovió como si hubiese recibido la sacudida de una pila eléctrica.

—¡Vamos, venid, señor Van Mitten!— repuso Saraboul, obligándole á levantarse.

—¡Á vuestras órdenes.... bella Saraboul!.... ¡Estoy enteramente á vuestras órdenes!— repuso Van Mitten.



Descansar de las fatigas del viaje.

Y mentalmente, decía y volvía á decir:

—¿Cómo decirselo?....

En aquel momento la jóven zíngara, despues de haber abierto una de las grandes ventanas del salon, al que una rica colgadura abrigaba de los rayos solares, exclamaba gozosamente:

—¡Mirad, mirad!.... ¡Scutari está muy animado! Será muy interesante pasearse hoy por él!

Los huéspedes de la posesion se habian adelantado hácia las ventanas.

—En efecto— dijo Keraban— el Bósforo está cubierto de adornadas embarcaciones. En las plazas y en las calles apercibo acróbatas, vendedores.... Se

oye la música, y los barrios están llenos de gente como para un espectáculo.

—Sí— dijo Selim— ¡hay fiesta en la ciudad!

—Espero que eso no nos impedirá celebrar nuestro matrimonio— dijo Ahmet.

—Ciertamente que no— respondió el señor Keraban.— Nos va á suceder en Scutari lo mismo que en Trebisonda cuyas fiestas parecían haber sido dadas en honor de nuestro amigo Van Mitten.

—¡Me alegraré infinito!— murmuró el holandés.

—¡Amigos míos— dijo entonces Selim— ocupémonos inmediatamente de nuestro gran negocio! Hoy es el último día....

— ¡Y no lo olvidamos! — respondió Keraban.
 — Voy á casa del juez de Scutari — repuso Selim — á fin de preparar el contrato.
 — Irémos á reunirnos con usted — respondió Ahmet. — Sabeis, tio, que vuestra presencia es indispensable....

— ¡Casi tanto como la tuya! — exclamó Keraban acentuando su respuesta con una sonrisa.
 — Sí, tio.... más indispensable todavía, si lo queréis.... en vuestra cualidad de tutor.
 — Pues bien — dijo Selim — dentro de una hora, id á casa del juez de Scutari.



Una calle de Scutari.

Y salió del salon en el momento en que Ahmet añadía, dirigiéndose á la jóven:

— Despues del contrato en casa del juez, querida Amasia, una visita al iman, que nos dirá su mejor oracion.... despues....

— Despues.... ya estarémos casados — exclamó Nedjeb, como si se tratase de ella.

— ¡Querido Ahmet! — murmuró la jóven.

Entónces la noble Saraboul se aproximó segunda vez á Van Mitten, que todavía más pensativo, acababa de sentarse en otro rincon del salon.

— Aguardando á esa ceremonia — le dijo — ¿ por qué no bajamos hasta el Bósforo?

— ¿ El Bósforo? — respondió Van Mitten como tonto. — ¿ Habláis del Bósforo?

— ¡ Si.... el Bósforo! — repuso el señor Yanar. — ¡ Parece que no comprendéis!

— Sí.... sí.... Estoy presto — respondió Van Mitten levantándose bajo el impulso de la mano de su cuñado. — Sí.... el Bósforo.... Pero ántes desearia.... quisiera....

— ¿ Qué quisierais? — repitió Saraboul.

— Quisiera tener una conversacion.... particular... con vos.... bella Saraboul.

— ¿ Una conversacion particular?

— ¡ Sea! Os dejo entónces — dijo Yanar.

— No.... quedaos, hermano mio — respondió Saraboul, que miraba fijamente á su futuro — quedaos.... ¡ Tengo como un presentimiento que vuestra presencia no será inútil!

— Por Mahoma, ¿ cómo se explicará ?
 — ¡ Será duro ! — dijo Ahmet.
 — Así es que no nos alejemos, á fin de sostener, en caso necesario, las operaciones de Van Mitten.
 — Seguramente, le van á hacer pedazos.... — murmuró Bruno.

El señor Keraban, Ahmet, Amasia y Nedjeb, Bruno y Nizib se dirigieron hácia la puerta, á fin de dejar sitio libre á los combatientes.

— ¡ Valor, Van Mitten ! — dijo Keraban, que apretó la mano de su amigo al pasar cerca de él. — No me alejo ; me estaré en la pieza vecina y velaré por vos.



El cementerio de Scutari.

— ¡ Valor, amo mio ! — añadió Bruno — ¡ cuidado con el Kurdistan !

Un instante despues, la noble kurda, Van Mitten y el señor Yanar estaban solos en el salon, y el holandés, rascándose la frente con el indice, se decia en un *aparte* melancólico :

— ¡ Si sabré de qué manera comenzar !

Saraboul se fué francamente á él.

— ¿ Qué tenéis que decirnos, señor Van Mitten ? — preguntó con un tono suficientemente contenido para permitir comenzar una discusion tranquilamente.

— ¡ Vamos, hablad ! — dijo más duramente Yanar.

— ¡ Si nos sentásemos ! — dijo Van Mitten, que sentia doblarse sus piernas.

— Lo que puede decirse sentado, se puede decir de pié — replicó Saraboul. — Os escuchamos.

Van Mitten, llamando todo su valor, debató por esta frase, cuyas palabras parecen combinadas para una persona que está alterada ó conmovida :

— Bella Saraboul, saber verdaderamente que.... primeramente.... y bien á pesar mio.... siento....

— ¿ Qué sentís ? — respondió la imperiosa mujer. ¿ Qué es lo que sentís ? ¿ Seria vuestro matrimonio ? No es, despues de todo, más que una legítima reparacion.

— ¡ Oh ! ¡ Reparacion.... reparacion !.... — se aventuró á decir, pero á media voz, el balbuciente Van Mitten.

—Y yo también lo siento—replicó irónicamente Saraboul.—¡Si, verdaderamente!

—¡Ah! ¿Lo sentís?

—Siento que el audaz que se introdujo en mi habitación en el parador de Rissar no hubiese sido el señor Ahmet.

Debía decir la verdad la consolable viuda, y sus sentimientos se comprenderán perfectamente.

—Ni el señor Keraban—añadió.—Por lo menos hubiese sido un hombre con quien me hubiera casado.

—¡Bien hablado, hermana mía!—exclamó el señor Yanar.

—En lugar de un....

—Mejor hablado todavía, hermana mía, aunque no hayáis creído deber acabar vuestro pensamiento.

—Permitidme....—dijo Van Mitten, herido con aquella observación que atacaba directamente á su persona.

—¡Quién hubiera podido creer jamás—añadió Saraboul—que el autor de aquel atentado fuese un holandés conservado entre hielo!

—¡Ah, finalmente, mi rebel!—exclamó Van Mitten, completamente exasperado por haber sido asemejado á una conserva.—Y por otra parte, señora Saraboul, no hablo atentado.

—¿De veras?—dijo Yanar.

—No—repuso Van Mitten—sino un error. Nosotros, ó mejor dicho, por una falta y tal vez pérdida noticia, me equivoqué de habitación.

—¿De verdad!—dijo Saraboul.

—Una simple equivocación que me fué necesario, bajo pena de prisión, reparar por un matrimonio.... prematuro.

—Prematuro ó no—replicó Saraboul—no estáis por eso menos casado.... casado conmigo. Y, creedlo, señor, lo que ha comenzado en Trebisonda, se acabará en Kurdistan.

—Sí, hablaremos en Kurdistan—respondió Van Mitten, que comenzaba á incomodarse.

—Y como me apercibo que la sociedad de vuestros amigos os hace poco amable para mí, hoy mismo abandonaremos á Scutari y partiremos para Mossoul, en donde sabré infundiros un poco de sangre kurda en las venas.

—¡Protesto!—exclamó Van Mitten.

—¡Una palabra más, y partimos al momento!

—¡Partiréis, señora Saraboul!—respondió Van Mitten, cuya voz tomó una inflexión ligeramente irónica.—Partiréis, si os conviene, y nadie pensará en deteneros. Pero yo no partiré.

—¿No partiréis?—exclamó Saraboul, ultrajada con aquella inesperada resistencia de un carnero contra dos tigres.

—¡No!

—¿Y tenéis la pretensión de resistirnos?—preguntó el señor Yanar cruzándose de brazos.

—Tengo esa pretensión.

—¿A mí.... y á ella, una kurda?

—Aunque fuese todavía diez veces más kurda.

—¿Sabeis, señor holandes—dijo la noble Saraboul marchando hácia su futuro—sabeis qué mujer soy, y

qué mujer he sido? ¿Sabeis que á los quince años era viuda?

—Sí, ya—repitió Yanar—y cuando se ha tomado con gusto esa costumbre....

—Sea, señora—respondió Van Mitten.—¿Pero sabeis, á vuestra vez, á lo que os desafío á llegar [á ser jamás, á pesar de la costumbre que podáis tener?

—¿Qué?

—¡Que llegaseis á ser viuda de mí!

—Señor Van Mitten—exclamó Yanar llevando la mano á su yatagan;—sería suficiente para eso un golpe....

—Es que os engañáis, señor Yanar, y vuestra arma no haría á la señora Saraboul viuda.... por una excelente razón, por la que jamás he podido ser su marido.

—¿Eh?

—Y que nuestro matrimonio sería nulo.

—¿Nulo?

—Porque si la señora Saraboul tiene la dicha de ser viuda de sus primeros esposos, yo no tengo la de ser viudo de mi primera mujer.

—¡Casado!.... ¿Estaba casado!....—exclamó la noble kurda, puesta fuera de sí por aquella fulminante confesión.

—Sí—respondió Van Mitten, ahora metido en la discusión;—sí, casado. Y no fué más que por salvar á mis amigos, para impedirlos la detención en el parador de Rissar, por lo que me sacrificué.

—¡Sacrificado!....—replicó Saraboul, que repitió aquellas palabras dejándose caer sobre un diván.

—Sabiendo que este matrimonio no sería válido—continuó Van Mitten—puesto que la primera señora Van Mitten está tan muerta como yo viudo.... y que me aguarda en Holanda.

La falsa esposa, ultrajada, se había levantado, y volviéndose hácia el señor Yanar:

—¿Lo oís, hermano mío?—dijo.

—Lo oigo.

—Vuestra hermana acaba de ser engañada.

—¡Ultrajada!

—¿Y ese traidor está todavía vivo?

—No le restan más que algunos instantes de vida.

—Pero estáis furiosos—exclamó Van Mitten, verdaderamente inquieto por la amenazadora actitud del par kurdo.

—Os vengaré, hermana mía—exclamó el señor Yanar, quien, con la mano alzada, se dirigió hácia el holandés.

—Me vengaré yo misma.

Y diciendo esto, la noble Saraboul se precipitó sobre Van Mitten, arrojando gritos de furor que felizmente fueron oídos por los de fuera.

XV.

La puerta del salón se abrió repentinamente. El señor Keraban, Ahmet, Amasia, Nedjeb y Bruno aparecieron en el dintel de la puerta.

Keraban desprendió á Van Mitten de los brazos de los dos hermanos.

—¡Eh, señora!—dijo Ahmet—¡no se estrangula así á las personas.... por una equivocación!

— ¡Diablo! — murmuró Bruno — era tiempo de llegar.

— ¡Pobre señor Van Mitten! — dijo Amasia, que experimentaba un sentimiento de sincera conmiseración por su compañero de viaje.

— Decididamente, no es ésa la mujer que le hace falta — añadió Nedjeb moviendo la cabeza.

Sin embargo, Van Mitten volvía á tomar poco á poco su valor.

— ¿Ha sido duro? — dijo Keraban.

— Un poco más de lo que creía — respondió Van Mitten.

En aquel momento la noble Saraboul se volvió hacia el señor Keraban, y encarándose con él,

— ¿Y sois vos quien os habeis prestado — dijo — á esa.....

— Mistificación — respondió Keraban con un tono amable. — Es la palabra propia..... mistificación.

— ¡Me vengaré..... hay jueces en Constantinopla!

— Bella Saraboul — respondió el señor Keraban — no acuséis á nadie más que á vos. ¡Quisisteis, por un pretendido atentado, detenernos y comprometer nuestro viaje! Y ¡por Allah! se hace lo que se puede. Nosotros salimos del apuro por un pretendido matrimonio, y tenemos derecho á esta revancha seguramente.

A aquella respuesta, Saraboul se dejó caer segunda vez sobre un divan con uno de esos ataques de nervios de los que las mujeres tienen el secreto, aun en el Kurdistan.

Nedjeb y Amasia se apresuraron á socorrerla.

— ¡Me voy, me voy! — gritaba en lo más fuerte de la crisis.

— ¡Buen viaje! — respondió Bruno.

Pero hé aquí que en aquel momento Nizib apareció en el dintel de la puerta.

— ¿Qué hay? — preguntó Keraban.

— Un despacho que acaban de traer de las oficinas de Galata — respondió Nizib.

— ¿Para quién? — preguntó Keraban.

— Para el señor Van Mitten, señor. Ha llegado hoy mismo.

— Dadme — dijo Van Mitten.

Cogió el despacho, lo abrió y miró las señas.

— Es del primer dependiente de Rotterdam — dijo.

Después leyó las primeras palabras:

La señora Van Mitten..... enterrada..... hace cinco semanas.....

Con el despacho arrugado en su mano, Van Mitten quedó anonadado; y ¿por qué romperle? Sus ojos súbitamente se habían llenado de lágrimas. Pero á aquellas últimas palabras, Saraboul acababa de levantarse repentinamente como con un resorte.

— ¡Cinco semanas! — exclamó, á la vez contenta y arrebatada. — ¡Hace cinco semanas!

— ¡Imprudente! — murmuró Bruno — ¡qué necesidad tenía de gritar en ese momento!

— Por lo tanto — repuso Saraboul triunfante — por lo tanto, hace diez días, cuando yo os hacía el honor de desposarme con vos.....

— ¡Mahomet la ahogue! — exclamó Keraban, tal vez más alto de lo que quisiera.

— ¡Estais viudo, señor esposo mio! — dijo Saraboul con acento de triunfo.

— ¡Absolutamente viudo, señor cuñado! — añadió Yanar.

— Y nuestro matrimonio es válido.

A su vez Van Mitten, agobiado por la lógica de aquel argumento, se habia dejado caer sobre el divan.

— ¡Pobre hombre! — dijo Ahmet á su tío — no le falta más que arrojarse al Bósforo.

— ¡Bueno — respondió Keraban — ella se arrojaría detras de él; y sería capaz de salvarle..... por venganza!

La noble Saraboul habia cogido por el brazo al que aquella vez era de su propiedad.

— ¡Levantaos! — dijo.

— Sí, querida Saraboul — respondió Van Mitten, bajando la cabeza. — Héme aquí presto.

— Y seguidnos — añadió Yanar.

— ¡Sí, querido cuñado — respondió Van Mitten absolutamente contrariado. — Presto á seguirlos..... á donde queráis.

— A Constantinopla, en donde nos embarcaremos en el primer paquebot — respondió Saraboul.

— Para.....

— Para el Kurdistan — respondió Yanar.

— ¿El Kur.....? Me acompañarás, Bruno..... Allí se come bien..... y será para tí una verdadera compensación.

Bruno no pudo hacer más que un signo afirmativo con la cabeza.

Y la noble Saraboul y el señor Yanar se llevaron al infortunado holandés, al que sus amigos quisieron en vano retener, mientras su fiel criado le seguía, murmurando:

— Ya habia yo predicho que le sucedería alguna desgracia.

Los compañeros de Van Mitten y Keraban se quedaron tambien anonadados, mudos, ante aquel terrible golpe.

— ¡Verlo ya casado! — dijo Amasia.

— ¡Por abnegación hacia nosotros! — respondió Ahmet.

— ¡Y por demasiado bueno esta vez! — añadió Nedjeb.

— No le queda más que un recurso en Kurdistan — dijo Keraban lo más seriamente del mundo.

— ¿Y será..... tío?

— Será, para que se neutralicen, casarse con una docena de parejas.

En aquel momento la puerta se abrió, y Selim apareció inquieto, con la respiración anhelante, como si hubiese corrido en competencia.

— Padre mio, ¿qué teneis? — preguntó Amasia.

— ¿Qué os ha sucedido? — dijo Ahmet.

— Pues bien, amigos míos, es imposible celebrar el matrimonio de Amasia y Ahmet.....

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LOPEZ.

Cuando estaba pensando lo que había de hacer, llegó una tarde á la esclusa una señora inglesa que pasaba á su hijo enfermo. Hablaron, y la señora que buscaba un niño para entretener al suyo, aburrido de estar siempre solo en el barco, rogó que la diese á Lise, prometiendo encargarse de educarla, de conseguir su curación y de asegurar su porvenir. Aquella señora era un ángel. Catalina aceptó, y después de llevar á Lise al barco de la señora inglesa, emprende la marcha hacia el Egipto. Mi marido es el que ha reemplazado á Suriot. Antes de partir quiso la pobre Lise que su tía me explicara que si algún día acertabais á venir para verla, os refiriese todo lo sucedido. Ya lo sabéis.

Tan absorto me dejó aquel relato, que no pude contestar ni una palabra; pero Mattia conservó la serenidad mejor que yo.

— ¿Á dónde se dirigía la señora inglesa? — preguntó.

— Al Mediodía de Francia ó á Suiza; Lise quedó en escribirme mandándome la dirección, pero aún no he recibido su carta.

CAPÍTULO XLI.

LOS RICOS PAÑALES HAN DICHO LA VERDAD.

Viéndome Mattia tan preocupado, hizo lo que yo no pensaba hacer.

— Os damos las más expresivas gracias, señora — dijo.

Y empujándome suavemente, me sacó de la cocina.

— ¡Adelante! — me dijo — ¡adelante! No vamos á encontrar únicamente á Arturo y á Mme. Milligan, sino también á Lise. ¡Qué bien se han arreglado las cosas! Hubiéramos perdido tiempo en Drenzy, mientras que ahora podemos continuar nuestro camino; esto es lo que se dice tener fortuna. ¡Tantas desgracias nos han pasado, que ya era justo tener alguna dicha! Han cambiado los tiempos. ¡Quién sabe lo que el destino nos prepara!

Continuamos en persecución del *Cisne* sin perder un momento, y no descansando más que el tiempo absolutamente necesario para dormir y ganar algunos sueldos.

En Decize, donde el canal de Nivernais desemboca en el Loire, preguntamos si han visto pasar al *Cisne*, y nos dicen que ha tomado el canal lateral

cuya corriente seguimos hasta Diopin; en este punto tomamos el canal del centro llegando á Chalon.

Mi mapa me dice que si nos dirigimos desde Charolles en línea recta hasta Mácon, evitaremos largos rodeos y muchos días de camino; pero esto es un poco atrevido y ninguno de los dos quiere cargar con la responsabilidad del caso después de discutir las ventajas y los inconvenientes; pues es muy fácil que el *Cisne* se haya detenido y lo adelantemos; en este caso tendríamos que retroceder y perder tiempo por haber querido ganarlo.

Bajamos por el Saône desde Chalon hasta Lyon.

Aquí se presenta una seria dificultad: ¿ha bajado el *Cisne* por el Rhône ó ha subido? En otros términos: ¿ha estado Mme. Milligan en Suiza ó en el Mediodía de Francia.

En medio del movimiento de buques que van y vienen por el Rhône y el Saône, puede haber pasado desapercibido el *Cisne*. Preguntamos á los marineros, barqueros y demás gente que vive en los muelles, y adquirimos la seguridad de que Mme. Milligan ha ido á Suiza; en vista de estos datos seguimos el curso del Rhône.

— Desde Suiza se puede ir á Italia — dijo Mattia — y aquí tienes otra fortuna; ¡qué contenta se pondría Cristina si corriendo detrás de Mme. Milligan llegásemos á Lucca!

¡Pobre Mattia! ¡Excelente corazón! Me ayuda á buscar á las personas que me aman, y yo no hago nada para que abraze á su hermanita.

Desde Lyon ganamos tiempo sobre el *Cisne*, porque el Rhône, cuya corriente es muy rápida, no se remonta con la misma facilidad que el Seine. En Culoz no nos lleva más que seis semanas de delantera; sin embargo, después de examinar el mapa, dado que podamos alcanzarle antes de llegar á Suiza, porque ignoro que el Rhône no es navegable hasta el lago de Ginebra y pensamos que Mme. Milligan quiere visitar en el *Cisne* la Suiza, cuyo mapa no tenemos.

Llegamos á Leyssel, que es una ciudad dividida en dos partes por el río, sobre el cual hay un puente colgante; bajamos á la orilla, y ¡cual sería mi sorpresa cuando me pareció reconocer al *Cisne* desde lejos!

Echamos á correr para acercarnos á la embarcación; era la misma, con su aspecto singular y su forma no común; sin embargo, cualquiera diría que

estaba abandonado, pues se hallaba sujeto mediante una cuerda á una especie de empalizada que le protegía; todo estaba cerrado á bordo y la mariposina no tenía flores.

¿Qué ha sucedido? ¿Dónde estará Arturo?

Nos detenemos con el corazón lleno de angustia.

Pero á nada conduce permanecer inmóviles; adelante; vamos á verlo que ocurre.

Preguntamos á un hombre, que precisamente es el encargado de custodiar el *Cisne*.

—La señora inglesa que venía en el barco con sus dos hijos, un niño paralítico y una niña muda, está en Suiza. Ha dejado la embarcación porque no podía subir el Rhóne. La señora y los niños tan marchado en coche, acompañados por una criada; los demás sirvientes les siguen con los equipajes; volverá en el otoño para embarcarse en el *Cisne* para descender por el Rhóne hasta el mar, con el objeto de pasar el invierno en el Mediodía.

Estas noticias nos devolvieron la tranquilidad. Nuestros temores eran injustificados y debíamos haber pensado lo mejor en vez de pensar en lo más desagradable.

—Y ¿dónde está actualmente esa señora?— preguntó Mattia.

—Ha marchado para alquilar una casa de campo en las orillas del lago de Ginebra, cerca de Vevey; pero no sé con certeza el sitio; allí piensa pasar el verano.

En marcha hacia Vevey. En Ginebra compráramos un mapa de Suiza y en él encontraríamos esa ciudad ó pueblo. Por el momento ya no corre el *Cisne* delante de nosotros, y puesto que Mme. Milligan debe pasar el verano en su casa de campo, estamos seguros de encontrarla, y no hay que buscar más.

Cuatro días después de salir de Leyssel estábamos ocupados en averiguar cerca de Vevey, entre las numerosas quintas que desde la orilla del lago de azules aguas se van elevando graciosamente sobre las verdes y frondosas laderas de la montaña, cuál era la que habitaba Mme. Milligan con Arturo y Lise. Ya hemos llegado, y muy á tiempo ciertamente, porque no tenemos más que tres sueldos en el bolsillo, habiéndola desaparecido las suelas de nuestros zapatos.

Pero Vevey no es un pueblo, como creíamos al principio; es una ciudad, y más que una ciudad ordinaria, pues tiene agregada hasta Villeneuve una serie de pueblitos ó suburbios, que forman un todo con ella: Blonay, Corsier, Tour-de-Pailz, Clarens, Chermex, Veytsaux y Chillon. Pronto comprendimos que no adelantariamos nada preguntando por madame Milligan ó sencillamente por una señora inglesa acompañada de su hijo enfermo y de una niña muda. Vevey y las orillas del lago están habitadas por ingleses ó inglesas como podría estarlo un pueblo de recreo en las cercanías de Londres.

Lo más práctico era buscar y recorrer nosotros mismos todas las casas en que puedan vivir los extranjeros; realmente no era la tarea muy difícil, pues estaba limitada á tocar nuestro repertorio en todas las calles.

En un día recorrimos todo Vevey, obteniendo una buena ganancia. En otro tiempo, cuando queríamos reunir dinero para comprar nuestra vaca ó la mucosa de Lise, nos hubiera regocijado aquel ingreso; pero ahora no sorrimos detrás de las monedas. En ninguna parte encontramos el menor indicio que nos refiriese á Mme. Milligan.

Al día siguiente continuamos nuestras investigaciones en las cercanías de Vevey, marchando en línea recta por el primer camino que encontramos y tocando delante de las ventanas de las casas ya estuvieran abiertas ó cerradas, pero siempre que tuvieran buena apariencia. Por la noche volvimos á nuestro alojamiento lo mismo que el día anterior, á pesar de haber ido del lago á la montaña y de la montaña al lago mirando á nuestro alrededor y preguntando á las personas cuyo buen aspecto nos permitía esperar que nos atenderían.

Aquel día concebimos dos esperanzas que no se realizaron, pues nos dijeron que conocían perfectamente á la señora por quien preguntábamos. Una vez nos dirigieron á una quinta que estaba en lo alto de la montaña, y otra nos aseguraron que vivía en la orilla del lago. En efecto, en aquellas posesiones vivían señoras inglesas, pero ninguna era madame Milligan.

Después de haber visitado contentudamente las cercanías de Vevey, nos separamos de allí hacia la parte de Clarens y de Montreux, enojados por el mal éxito de nuestras pesquisas, pero sin perder las esperanzas; lo que no sucediera un día sucedería al siguiente.

Ya marchábamos por caminos cerrados con tapia á un lado y á otro, ya por senderos cubiertos por enormes castaños, cuyo espeso follaje, que no dejaba paso al aire ni á la luz, impedía que brotara en el suelo otra vegetación que un tupido musgo. En aquellos caminos y senderos veíanse á cada paso verjas de hierro ó empalizadas, á través de las cuales se veían las alamedas de los jardines, cuidadosamente esarenadas, serpenteando al rededor de frondosos matices; á veces se elevaba sobre el ramaje una casa de rica arquitectura ó un elegante *chalet* rodeado de plantas trepadoras, y casi todas aquellas mansiones tenían hábilmente preparados entre los árboles ó los matices encantadores puntos de vista desde los cuales se descubría el apacible lago destacándose sobre el fondo de las sombrías montañas.

Aquellos jardines causaban á menudo nuestra desesperación, porque, manteniéndonos alejados de las casas, impedían que nos oyese las personas que en ellas habitaban, so pena de tocar y cantar con todas nuestras fuerzas, lo que al cabo del día nos fatigaba por todo extremo.

Una tarde estábamos dando un concierto en medio de la calle, teniendo delante la verja de una casa para cuyos moradores cantábamos, y detrás una tapia, que no nos preocupaba. Había ya cantado á voz en cuello la primera estrofa de mi canción napolitana y me disponía á cantar la segunda, cuando de pronto, á nuestra espalda y detrás de la tapia, *¡canta!*

un grito y luego una voz desconocida que contaba debilmente:

*Vorria arrendare no plectuio,
Cona lancetta ughé venenata acqua.*

¿De quién sería aquella voz?

—¿Será de Arturo? — preguntó Mattia.

No era la voz de Arturo, pues yo la conocía perfectamente; entre tanto empezó *Cipi* á lanzar suspiros ahogados, dando señales de gran alegría y saltando como un loco contra el muro.

No pudiendo ya contenerme, exclamé:

—¿Quién canta así?

Y la voz me respondió;

—¿Kemi!

Al oír mi nombre por toda respuesta, nos miramos sorprendidos.

Mientras estábamos de aquel modo, vi que detras de Mattia y por encima de un seto que estaba al final de la tapia, se movía un pañuelo blanco; verlo y correr hacia él fué obra de un instante.

Hasta que llegamos al seto no pudimos descubrir á la persona que agitaba el pañuelo; ¡era Lise!

Al fin la habíamos encontrado; y con ella á madame Milligan y á Arturo.

¿Pero quién había cantado? Esto fué lo primero



Por encima de un seto se movía un pañuelo blanco.

que la preguntamos Mattia y yo en cuanto nos fué posible hablar.

—Yo — dije ella.

¡Lise hablaba, Lise podía cantar!

Habia oído decir mil veces que Luisa recobraría la palabra y probablemente bajo la sacudida de una emoción violenta; pero nunca creí que llegara á realizarse aquel pronóstico.

Y sin embargo se había realizado, el milagro era evidente; Lise hablaba; ¿y fué al oírme cantar, al verme que llegaba junto á ella, en el momento en que creía que jamás volveríamos á vernos, cuando experimentó aquella emoción tan violenta?

Al pensar en esto yo fui el que experimentó tan fuerte sacudida que tuve necesidad de asirme de una rama para no caer.

Pero no era aquella la ocasión de abandonarse á la alegría.

—¿Dónde está Mme. de Milligan? — dije — ¿dónde está Arturo?

Luisa movió los labios para responder, pero de su boca no salieron más que sonidos inarticulados. Entonces, dominada por la impaciencia, empleó el lenguaje de las manos para explicarse con mayor rapidez, pues su espíritu y su lengua no estaban todavía acostumbrados á servirse de la palabra.

Mientras que yo seguía con los ojos su lenguaje, con gran asombro de Mattia, vi á lo lejos en el jardín, por el recodo de una alameda, un pequeño curruaje, de forma prolongada, que empujaba un criado. En aquel cochecillo iba Arturo tendido á lo largo, y detras de él su madre y.... me incliné para ver mejor.... y M. James Milligan; instintivamente me oculté detras del seto diciendo á Mattia con voz precipitada que hiciera lo mismo, sin reflexionar que M. James Milligan no le conocía.

Pasado el primer momento de terror, comprendí que Lise debía estar sorprendida por nuestra brusca desaparición, y alzándome un poco la dije á media voz:

—Es preciso que M. James Milligan no me vea, porque puede hacerme volver á Inglaterra.

La niña levantó los brazos con ademán de miedo.

—No te muevas — continué — ni hables de nosotros; mañana á las nueve volveremos aquí; procura estar sola; véte.

Parecía que vacilaba.

—¡Véte; te lo suplico! Si no te vas me pierdes.

Al mismo tiempo nos inclinamos hácia el suelo, y á paso de lobo nos dirigimos á unas viñas que cerca estaban; allí, pasado el primer momento de alegría, pudimos hablar y entendernos.

—Te participo—me dijo Mattia—que no estoy dispuesto á esperar hasta mañana para ver á madame Milligan; en el tiempo que falta podría M. James Milligan matar á Ariaro; voy á hablar en seguida con su madre y á decirla.... todo lo que sabemos. Como M. James Milligan no me ha visto nunca, no hay te-

mor de que piense en tí y en la familia Driscoll. En vista de lo que yo le diga, Mme. Milligan resolverá lo que debemos hacer.

Me pareció prudente la proposición de Mattia, y le dejé que fuese á ejecutarla, citándole en un grupo de caseríos que estaba próximo. En aquel sitio podía



¡Pobre hijo mío! exclamó.

esconderme si por casualidad viniera M. James Milligan.

Esperé durante largo tiempo el regreso de Mattia, y ya me había preguntado más de diez veces si estábamos en un error, cuando por fin le vi venir acompañando á Mme. Milligan.

Corrí á recibirla, y cogiendo la mano que me alargaba, la di un respetuoso beso; pero la dama me estrechó entre sus brazos, besándome en la frente con ternura.

Era la segunda vez que me abrazaba, pero me

pareció que la primera no lo hizo con tanto cariño.

—¡Pobre hijo mío!—exclamó.

Y con sus hermosos y blancos dedos me separó el cabello para mirarme atentamente.

—Sí.... sí....—murmuró.

Aquel monosílabo respondía indudablemente á un pensamiento íntimo, que yo era incapaz de comprender. Saboreaba la ternura y las caricias de madame Milligan y era demasiado feliz para pensar en otra cosa que en mi presente dicha.

—Hijo mío—dijo la dama sin dejar de mirarme—

vuestro compañero me ha referido cosas muy graves; contadme vos todo lo relativo á vuestra llegada á casa de los Driscoll, así como á la visita de M. James Milligan.

Hice lo que me pedía; y durante mi relato no me interrumpió más que para precisar algunos puntos importantes. Nunca me habían escuchado con tanta atención.

Cuando terminé, guardó silencio la dama, y después de un largo rato me dijo:

— Todo eso reviste suma gravedad para vos y para todos nosotros; pero debemos obrar con prudencia y después de consultar á personas capaces de guiarnos; pero mientras llega el momento de obrar, debéis considerarnos como el compañero, como el amigo — al decir esto vaciló un poco — como el hermano de Arturo, y tanto vos como vuestro jóven camarada abandonaréis desde hoy vuestra misérable existencia. Dentro de dos horas os presentaréis en Territet, en la fonda de los Alpes, adonde enviaré una persona



Copé se fastidó en uno de los almózarones.

de confianza para que os tenga alojamiento preparado; allí volveremos á vernos, porque ahora necesito separarme de vosotros.

Me abrazó de nuevo, y después de dar la mano á Mattia se alejó rápidamente.

— ¿Qué es lo que has contado á Mme. Milligan? — pregunté á Mattia.

— Todo lo que acaba de decirte y otras muchas cosas. ¡ Ah! ¡ Qué señora tan hermosa y qué buena es!

— ¿Has visto á Arturo?

— Desde lejos; pero he conocido que es un buen muchacho.

Continué interrogando á Mattia, pero trató de variar la conversacion, respondiéndome con cierta vaguedad. Entónces nos pusimos á hablar de cosas diferentes hasta la hora en que, segun la recomendacion de Mme. Milligan, nos debíamos presentar en la fonda de los Alpes. Aunque no llevábamos más que nuestros pobres trajes de músicos ambulantes, fuimos recibidos por un criado vestido de frac y con corbata blanca que nos llevó á nuestra habitacion. ¡ Qué hermosa nos pareció! Tenia dos camas extraordinariamente limpias; las ventanas daban á una azotea que estaba encima del lago y desde la cual se disfrutaba de una perspectiva maravillosa. Cuando nos decidimos á volver al cuarto, encontramos allí al criado esperando inmóvil nuestras órdenes, y el cual nos preguntó lo que queríamos para almorzar, pues iba á servirnos en la azotea.

— ¿Hay tartas? — preguntó Mattia.

— Tarta de ruibarbo, de fresas y de grosella.

— Está bien. Queremos de las tres clases.

— ¿De las tres?

— Sí.

— ¿Y para entradas, usado y legumbres?

Á cada ofrecimiento abría Mattia los ojos, pero no se desconcertó.

— Lo que queráis — dijo.

El criado salió gravemente.

— Creo que vamos á comer mejor que con la familia Driscoll — dijo Mattia.

Al dia siguiente fué Mme. Milligan á visitarnos; iba acompañada de un sastre y una costurera de ropa blanca, que nos tomaron medida de trajes y camisas.

Nos dijo que Lise continuaba haciendo ensayos para hablar, y que el médico habia asegurado que estaba completamente curada; estuvo cerca de una hora con nosotros, y se marchó abrazándome tiernamente y estrechando la mano de Mattia.

Durante cuatro dias seguidos recibimos su agradable visita; cada vez se mostraba la dama más afectuosa conmigo, pero no sin cierto embarazo, como si temiera abandonarse á la ternura ó dejármela comprender.

El quinto dia fué en su lugar la doncella de servicio que yo habia visto en el *Casino*, la cual nos dijo que Mme. Milligan nos esperaba en su casa, y que á la puerta de la fonda habia un carruaje para llevarnos. Era una carretela descubierta, en la que

Mattia se colocó con tanta dignidad y desenvoltura como si desde su infancia hubiera ido en coche. *Capí* se instaló de igual manera en uno de los almohadones.

El trayecto fué corto, á por lo menos así me pareció, pues iba entregado á mis sueños, con la cabeza llena de locas ideas; hiciéronnos entrar en un salón, en el que estaban Mme. Milligan, Arturo, extendido en un sofá, y Lise.

Arturo me recibió con los brazos abiertos, y yo corrí á abrazarle, y también á Lise; pero Mme. Milligan fué la primera que me dió un beso.

— Por fin — me dijo — ha llegado el momento de que ocupéis el lugar que os corresponde.

Estaba mirando á la dama para pedirle explicación de aquellas palabras, pero se levantó á abrir una puerta por la cual vi entrar á la tía Barberin, llevando en la mano ropas de niño, un abrigo de cachemira blanco forrado de piel, un gorro de encajes y unos escarpines de punta.

No tuvo tiempo más que para dejar aquellos objetos en una mesa, ántes de que yo la diese un abrazo; mientras la tenía de aquel modo, Mme. Milligan dió una orden á un criado y oyó el nombre de M. James Milligan, que me hizo palidecer.

— No temáis nada — dijo la dama — al contrario, venid aquí á mi lado y poned vuestra mano en la mía.

En aquel momento se abrió la puerta del salón para dar paso á M. James Milligan, que entró enseñando sus puntiagudos dientes; al verme se trocó su sonrisa en una mueca espantosa.

Madame Milligan no le dió tiempo para hablar.

— Os he avisado — dijo con voz lenta y algo trémula — para presentaros á mi hijo mayor, á quien al fin he tenido la dicha de encontrar — al decir esto me apretó la mano; — éste es; pero debéis conocerlo, puesto que habeis ido á casa del hombre que le robó para informaros de su salud.

— ¿Qué queréis decir? — la preguntó M. James Milligan con el rostro descompuesto.

— Ese hombre que ahora está en la cárcel por haber cometido un robo en una iglesia, lo ha declarado todo; aquí tenéis una carta que confirma mis palabras; en ella dice que robó á este niño, abandonándole en París, en el paseo de Breteuil; dice también las precauciones que tomó cortando las marcas de la ropa del niño para que no pudieran desentradarse. Hé ahí esas ropas, guardadas por la honrada mujer que tan generosamente ha criado á mi hijo. ¿Queréis leer la carta? ¿queréis ver las ropas?

Mister James Milligan permaneció inmóvil un momento, como pensando si debía estrangularnos á todos; luego se dirigió á la puerta, pero volviéndose ántes de salir, exclamó:

— Ya veremos lo que piensan los tribunales de la suplantación.

Madame Milligan, á por mejor decir, mi madre, respondió sin turbarse:

— Vos podéis demandarnos ante los tribunales; yo nunca lo haré con el que ha sido hermano de mi marido.

En cuanto salió mi tío se cerró la puerta, y entonces pude arrojarme en los brazos que mi madre me tendía, y besarla por vez primera, al mismo tiempo que ella me besaba á mí.

Cuando se calmó un poco nuestra emoción, se acercó Mattia:

— ¿Queréis decir á tu mamá si he guardado bien su secreto? — dijo.

— ¿Lo sabías todo? — le pregunté.

Entonces respondió mi madre:

— Cuando Mattia terminó su relato le recomendé que guardara silencio, pues áun cuando tuviera la convicción de que el pobre Kemi era mi hijo, necesitaba pruebas indudables de que no había error. ¡Qué tristeza para vos, querido mío, si despues de abrazaros como á hijo resultase que nos habíamos equivocado! Tenemos las pruebas, y estamos reunidos para siempre, y ya no os separaréis jamás de vuestra madre, de vuestro hermano — señaló á Lise, á Mattia, á la tía Barberin — y de los que os han amado mientras fuisteis pobre.

CAPÍTULO XLII.

EN FAMILIA.

Han transcurrido los años numerosos, pero cortos, pues todos sus días han sido dulces y tranquilos.

En la actualidad vive en Inglaterra, en Milligan-Park; la casa solariega de mis padres.

El niño sin familia, sin apoyo, perdido y abandonado en el mundo, viviendo según el capricho de la suerte, sin fero que le guiase en medio del vasto mar en que zozobaba, sin puerto de refugio adonde acudir, no tan sólo tiene ahora una madre, un hermano á quien quiere y de quien es querido, sino también antepasados que le han dejado un nombre respetable en el país y una cuantiosa fortuna.

El pobre chico que pasó tantas noches en las alquerías, en los establos ó en los bosques, ahora es el propietario de un antiguo é histórico castillo visitado por los curiosos y recomendado en todas las *Guías del viajero*.

Á más de veinte leguas al Oeste del sitio en que me embarqué perseguido por la justicia, se levanta aquella mansión en la falda de un valle muy frondoso, á pesar de la proximidad del mar. Edificado en una especie de meseta natural, tiene la forma de un cubo, en cada una de cuyas esquinas hay una torre circular. Las dos fachadas expuestas al Sur y al Oeste se hallan revestidas de plantas trepadoras, enredaderas y rosales; las del Norte y Este están cubiertas de hiedra, cuyos gruesos troncos atestiguan su antigüedad, y son necesarios los incosantes cuidados del jardinero para que la vegetación no oculte bajo su verde manto los detalles arquitectónicos esculpidos en la blanca piedra de las jambas y dinteles de las ventanas. Rodéate un vasto jardín, en el que nunca ha entrado el hacha ni la podadora, y por cuyo suelo corren limpiadas y hermosas aguas que mantienen la frescura de sus céspedes. En su bosquecillo de hayas venerables van á posarse todas las noches las cornejas

anunciando con sus graznidos el principio y el fin del día.

En aquella antigua morada feudal de Milligan-Park vivimos en familia mi madre, mi hermano, mi mujer y yo.

En los seis meses que han transcurrido desde nuestra instalación he pasado muchas horas en el archivo donde se conservan los pergaminos, títulos de propiedad y papeles de familia, inclinado sobre una larga mesa de encina ennegrecida por los años, escribiendo sin cesar; pero no consulto laboriosamente

aquellos títulos y papeles de familia, sino que me ocupo en ordenar mis recuerdos.

Vamos á bautizar á nuestro primer hijo, al pequeño Mattie, y con motivo de este acto religioso que va á unir á todos los que fueron mis amigos en los días de la desgracia, quiero ofrecer á cada uno de ellos el relato de las aventuras en que también desempeñaron un papel, como testimonio de gratitud por el auxilio que prestaron ó el cariño que tuvieron al pobre niño abandonado. En cuanto acababa un capítulo le enviaba á Drochester, á casa del litógrafo



¡Dadme un vasto jardín.

fo; hoy precisamente espero las copias autografiadas de mi manuscrito para dar una á cada convidado.

Esta reunión es una sorpresa que les preparo, así como á mi mujer que verá á su padre, su hermana, sus hermanos y su tía, la que no espera; solamente están en el secreto mi madre y mi hermano. Si no hay alguna complicación que destruya mis combinaciones, todos se albergarán esta noche bajo mi techo y tendré el placer de verlos á todos reunidos en mi mesa.

Uno solo faltará á esta fiesta, pues por grande que sea el poder de las riquezas, no es capaz de dar la vida á los que ya no existen. Pobre amo mío, ¡cuán feliz sería yo si hubiera podido asegurar vuestro reposo en la vejez! Hubierais colgado la *piña*, la *zamarra* y la chaqueta de terciopelo y no hubierais repetido: ¡adelante, hijos míos! Una vejez honrada os permitiría levantar vuestra noble y encañecida cabeza y recobrar vuestro verdadero nombre: Vitalis, el anciano vagabundo, se hubiera convertido en Balzani, el célebre cantante. Pero lo que la impía muerte no me ha dejado hacer por vos, lo he hecho al ménos por vuestra memoria, y en París, en el cementerio de Montparnasse, el nombre de Carlo Balzani está esculpido en el sepulcro que mi madre os ha levantado por encargo mío, y vuestro busto en bronce, cincelado con arreglo á los retratos que se conservan del tiempo de vuestra celebridad, recuerda vuestra glo-

ria á los que os han aplaudido. Una copia de ese busto se ha vaciado para mí, ahora la tengo delante, y cuando escribía la relación de mis primeros años de sufrimientos, cuando desarrollaba la marcha de los sucesos, he buscado muchas veces vuestros ojos con los míos. No os he olvidado ni os olvidaré jamás, estad seguro; si en esa existencia peligrosa de niño perdido no he faltado á los deberes del hombre, ha sido gracias á vuestras lecciones, á vuestros ejemplos, ¡oh mi querido maestro! En cualquier fiesta que celebre en mi casa vuestro lugar será piadosamente reservado.

Pero veo á mi madre que viene por la galería de los retratos; la edad no ha marchitado su belleza, y la encuentro hoy tal y conforme la vi por primera vez, debajo de la marquesina del *Cicero*, con su noble aspecto impregnado de bondad y de dulzura; lo único que ha desaparecido en ella es aquel velo de tristeza que continuamente cubría sus bellísimas facciones.

Se apoya en el brazo de Arturo, pues ya no es la madre quien sostiene á su hijo débil y vacilante; el niño enfermo se ha trocado en un joven vigoroso, hábil para todos los ejercicios corporales, gallardo jinete, incansable remero, intrépido cazador, que con afectuosa solícitud ofrece el brazo á su madre: á pesar del pronóstico de nuestro tío M. James Milligan, el milagro se ha cumplido: Arturo vive y vivirá.

Á bastante distancia, detrás de ellos ven venir una anciana vestida como las campesinas francesas, que lleva en sus brazos un niño envuelto en un abrigo blanco forrado de pieles; la vieja campesina es la tía Barberin, y el niño es mi hijo, el pequeño Mattia.

Después de haber encontrado á mi madre, quise que la tía Barberin se quedase á vivir con nosotros, pero no aceptó.

—No —me dijo, mi querido Kemi—mi puesto no está ahora en casa de tu madre. Necesitas trabajar para instruirte y ser un señor por la educación como lo eres por la cuna. ¿Qué voy á hacer á tu lado? No debo seguir en casa de tu verdadera madre. Déjame volver á Chavanon; nuestra separación no será eterna. Crecerás, te casarás y tendrás hijos. Cuando llegue este caso, si tú quieres y si yo vivo, vendré para educarlos. No podré ser su nodriza como ha sido tuya, porque no me lo permitirán los años; pero la vejez no impide cuidar bien á un niño, la experiencia sirve de mucho y se duerme poco. Además, yo querré á tu hijo y puedo estar seguro de que no te lo robarán de mis brazos como te robaron á tí.

Hicé lo que la tía Barberin deseaba; poco tiempo antes de nacer nuestro hijo envié á buscarla á Chavanon, y la excelente mujer le dejó todo, su aldea, sus costumbres, sus amigos, la vaca nacida de la que compramos Mattia y yo, para venir á Inglaterra al lado mio. Nuestro pequeño Mattia lacta del pecho de su madre, pero la tía Barberin le cuida, le pasa, le divierte, le acaricia, y declara que es el niño más hermoso que en su vida ha visto.

Arturo lleva en la mano un número de *The Times*; le deja sobre mi mesa, me pregunta si le he leído, y al oír mi respuesta negativa me señala con el dedo una carta de Viena que traduzco, y dice:

«No tardaréis en recibir en Londres la visita de Mattia; á pesar del éxito verdaderamente maravilloso que ha tenido la serie de sus conciertos en esta capital, nos abandona porque le llaman á Inglaterra compromisos que no puede dejar de cumplir. Ya os he hablado de dichos conciertos, que han producido viva sensación, tanto por la habilidad del ejecutante como por el talento del compositor; para expresar mejor su mérito en una frase, diré que Mattia es el Chopin del violín.»

No necesito leer aquella carta para saber que el pobre músico ambulante, mi camarada y mi discípulo, ha llegado á ser un gran artista; he visto á Mattia crecer y desarrollarse, y si cuando trabajábamos los tres juntos, Arturo, él y yo, bajo la dirección de un preceptor, hacéis pocos progresos en griego y en latín, en cambio eran tales los que hacía con los profesores de música que mi madre le daba, que no era difícil se vería cumplida la predicción de Espinassou, el peluquero-músico de Mendé. Sin embargo, aquella carta de Viena me llena de alegría como si yo tuviera una parte en los aplausos de que se hace eco, ¿cómo no la tengo redimiento? ¿Por ventura no es Mattia otro yo, mi camarada, mi amigo, mi hermano? Sus triunfos son míos, como mi felicidad es suya.

En este momento me entrega un criado un despacho telegráfico que acaban de traer:

«Escojo la travesía más corta, pero no la más agradable. ¿Hay alguna que lo sea? He estado tan enfermo que únicamente en Red-Hill es donde tengo fuerza para avisarte; al pasar por París he tomado á Cristina; llegaremos á Chagford á las cuatro y diez minutos; envíanos un carruaje.

Y MATTIA, D

Al hablar de Cristina miré á Arturo, pero había bajado la vista y no la levantó hasta que llegué al fin del despacho.

—Deseo ir yo mismo á Chagford —me dijo— voy á mandar que enganchen el landau.

—Excelente idea; de ese modo cuando volváis se sentarás enfrente de Cristina.

Salió vivamente sin responderme una sola palabra, entonces me volví hacia mi madre.

—Ya lo veis —la dije— Arturo no oculta su inclinación; esto es bastante significativo.

—En efecto, es muy significativo.

Parecióme que en el tono con que pronunció estas palabras había un matiz de disgusto; me levanté, fui á sentarme al lado de mi madre y cogiéndola sus manos, después de besarlas,

—Querida mamá —le dije en francés, que era la lengua de que me servía cuando quería hablarla tiernamente, como un niño mimado—querida mamá, no debes enojarte porque Arturo ama á Cristina. Es verdad que esto le impedirá hacer una buena boda, que según la opinión del mundo es la que reúne la cuna y la riqueza. Pero ¿no enseña mi ejemplo que se puede ser feliz, muy feliz, todo lo feliz posible, sin que la mujer amada sea noble ó rica? ¿No quieres que Arturo sea tan dichoso como yo? La debilidad que has tenido conmigo, porque no puedes negar á un hijo que has llorado durante trece años, ¿no la tendrás para el otro hijo tuyo? ¿serás más indulgente para mí que para él?

Mi madre me pasó la mano por la frente y me dió un beso.

—Oh, hijo mio! —repuso—excelente hermano! ¿Cuántos tesoros de carina encierra tu corazón!

—Es porque lo he economizado en otro tiempo; pero ahora no se trata de más sino de Arturo. Dime, si puedes, dónde encontraré una mujer más dulce y más encantadora que Cristina. ¿No es una maravilla de belleza italiana? La educación que ha recibido desde que fuimos á buscarle en Lucca le permite ocupar su puesto de una manera distinguida en la sociedad más exigente.

—Al hablar de Cristina no ves más sino que es hermana de tu amigo Mattia.

—Es cierto, y confieso sin ambages que anhelo verifique ese matrimonio, mediante el cual entrará Mattia en la familia.

—¿Te ha participado Arturo sus sentimientos y sus ideas?

—Sí, querida mamá —dije sonriéndome, se ha dirigido á mí como jefe que soy de la familia.

—¿Y el jefe de la familia...

—Ha prometido apoyar sus pretensiones.

Me interrumpió mi madre diciendo:

—Aquí viene tu mujer; luego hablaremos de Arturo.

¿Necesitaré decir quién es mi mujer? El lector lo ha adivinado. Mi mujer es la niña de asombrados ojos, de la expresiva cara, Lise, la pequeña Lise, fina, ligera, delicada. Lise ya no es niña y afortunadamente ha conservado la finura y la delicadeza que dan á su semblante una belleza celestial. Lise ha seguido al lado de mi madre, que la ha hecho educar é instruir, convirtiéndola en una encantadora señorita, dotada para mí con todas las buenas cualidades, todas las méritos y todas las virtudes, puesto que la amo. He pedido á mi madre que me la conceda por esposa, y después de resistir un poco á causa de la diferencia de condición, no me la pudo negar, con cierto escándalo de algunos parientes míos. De tanto que se enfadaron, tres se han reconciliado ya, seducidos por la gracia de Lise, y el cuarto no espera más que una visita nuestra en la que le pediremos perdón por ser felices y que está ójuda para mañana.

—¿Qué es eso—dijo Lise al entrar—qué sucede? Os ocultáis de mí y habláis en secreto. Arturo acaba de partir hacia la estación de Chelford, y el break se ha enviado á la de Ferry. ¿Me queréis decir qué misterio es este?

Mi madre y yo nos sonreímos y no la contestamos. Entonces echó los brazos al cuello de mi madre y la besó con ternura.

—Si vos estais en la conspiración, querida madre—le dije—ya no tomo nada; tengo la seguridad de que ahora, como siempre, trabajáis por mi felicidad; pero estoy ardiendo en deseos de conocer vuestras maquinaciones.

Ha llegado la hora: el break que he enviado á Ferry para recibir á la familia de Lise, debe llegar de un momento á otro. Entonces, queriendo divertirme con la curiosidad de mi mujer, tomo un antejo de larga vista, que nos sirve para seguir á los buques que pasan al largo; pero en vez de dirigirle al mar le vuelvo hacia el camino por donde ha de venir el break.

—Mira con este antejo—le dije—y podrás satisfacer tu curiosidad.

Mira, pero no va más que el camino cubierto de blanco polvo, pues todavía no aparece ningún carruaje.

Entonces pongo yo la vista en el ocular:

—¿No ves nada con este antejo?—la dije empleando el mismo tono que Vitalis cuando hacía su programa al público:—es verdaderamente maravilloso: con su auxilio pasó por encima del mar y llegó á Francia; veo en los alrededores de Seeaux una linda casa de campo; un hombre de cabellos blancos encarga que se apresuren dos mujeres que le rodean: «Vamos pronto—dijo—se va á ir el tren y no llegará á Inglaterra para el bautizo de mi nieto; Catalina, ¿quieres darte prisa? En los diez años que han pasado desde que vivimos juntos siempre te has retrasado. ¿Qué es eso? ¿qué quieres decir, Etienne? ¿eres todavía la señorita Gendarme? La reprensión que doy á Catalina es enteramente amistosa. ¿Por ventura desconozco que Catalina es la mejor de las

hermanas, como tú, Tiennette, eres la mejor de las hijas? ¿Dónde habrá una muchacha como tú, que no se casa por cuidar á su anciano padre, siguiendo de mujer desempeñando el papel de ángel custodio que hizo de niña con sus hermanos y su hermana? » Antes de marchar da algunas instrucciones para que la cuiden las flores mientras está ausente: «No olvidés—dice á su criado—que he sido jardinero y que conozco el oficio.»

Vuelvo el antejo para dirigir la vista á otro punto:—Ahora—dije—veo un gran vapor que regresa de las Antillas y se dirige al Havre: á su bordo hay un jóven que vuelve de hacer un viaje de exploración botánica en las regiones del río de las Amazónas; se dice que trae una flora completamente desconocida en Europa, y la primera parte de sus viajes, publicada en los periódicos, es curiosísima; se llama Benjamin Aquin, y ya es un hombre célebre; está impaciente porque no sabe si llegará al Havre á tiempo de tomar el vapor de Southampton para unirse con su familia en Milligan-Park; tan maravilloso es mi antejo, que puedo seguir al jóven con la vista: ha tomado el vapor de Southampton y no tardará en llegar.

Dirijo nuevamente mi antejo hacia otro sitio, y continúo:

—No tan sólo veo, sino que oigo: en un wagon de primera clase vienen dos hombres, un viejo y un jóven: «¡Cuán interesante será para nosotros!—dice el viejo.—Muy interesante, *magister*.—No solamente vas á abrazar á tu familia, querido Alexis, y á estrechar la mano de Kemi, que no se olvida de nosotros, sino que vamos á bajar á las minas del país de Gales; en ellas puedes hacer importantes observaciones, y á tu regreso introducirás notables reformas en la Tru-yère, lo cual dará autoridad á la posición que has sabido conquistar por medio del trabajo; en cuanto á mí, llevaré ejemplares y los uniré á mi colección, que la ciudad de Varses ha tenido á bien aceptar. ¡Es una lástima que Gaspar no haya podido venir!»

Da á continuar, pero Lise se acercó á mí, me cogió la cabeza entre sus manos, y con sus caricias me permitió hablar.

—¡Oh! ¡qué sorpresa tan agradable!—dijo con voz que la emoción hacía temblar.

—No es á mí á quien debes agradecerlo, sino á mamá, que ha querido renunciar á todos los que fueron buenos con su hijo abandonado; si no me hubieras impedido hablar, sabrías que esperamos también al excelso Bob, que ha llegado á ser el *showman* más famoso de Inglaterra, y á su hermano, que todavía sigue mandando el *Eclipse*.

En aquel momento se oyó el ruido de un carruaje y luego el de otro; corrimos á la ventana y vemos el break en el que Lise reconoce á su padre, á su tía Catalina, á su hermana Etienne y á sus hermanos Alexis y Benjamin; junto á Alexis está sentado un anciano: es el *magister*. Por el opuesto lado llega también el landau descubierto, desde el cual Mattia y Cristina nos hacen señas con la mano. Luego, detrás del landau, viene un *tibury* guiado por el mismo Bob, que tiene toda la apostura de un gentle-

man; le acompaña su hermano, que continúa siendo el mismo ruda marino que nos desahabará en Isigny.

Bajamos rápidamente la escalera para recibir á nuestros huéspedes en el peristilo.

La comida nos reúne á todos en la misma mesa y naturalmente se habla del pasado.

—Hace poco tiempo—dijo Mattia—encontré en los salones de juego de Baden un gentleman con dientes blancos y puntagudos que se sonreía continuamente á pesar de su mala fortuna; no me reconoció y me dijo si quería prestarle un florin para jugar una combinacion de éxito seguro; se trataba de una vaca, pero no sucedió lo que esperaba y M. James Milligan perdió.

—¿Por qué contáis eso delante de Keni, querido Mattia?—preguntó mi madre;—es capaz de enviar dinero á su tío.

—No penséis mal, querida mamá.

—Entonces, ¿dónde está la expiación?—dijo mi madre.

—Precisamente en eso mismo; mi tío, que todo lo ha sacrificado á la riqueza, deberá el pan á aquellos á quienes ha perseguido y cuya muerte deseaba.

—Tengo noticias de sus cómplices—dijo Bob.

—¿Del odioso Driscoll?—preguntó Mattia.

—De Driscoll no, porque todavía sigue allende el mar, pero sí de su familia; M^o. Driscoll ha muerto abrasada un día que se echó en la lumbre en lugar



Se levanta Capi trabajosamente y hace la colecta.

de recostarse en la mesa, y Allen y Ned acaban de ser condenados á la deportación; no tardarán en reunirse con su padre.

—¿Y Kate?

—Kate cuida á su abuelo, que todavía vive; habita con él en el patio del *Leon Rojo*; el viejo tiene dinero y no son desgraciados.

—Si es friolera—dijo Mattia riendo—le compadezco; el viejo no quiere que se acerque nadie á su chimenea.

En esta evocacion del pasado cada cual tuvo su parte. Todos teníamos recuerdos que nos eran comunes, y esto era el lazo que nos unía.

Cuando terminó la comida se acercó Mattia á mí, y llevándose el alfiler de una ventana,

—Tengo una idea—me dijo;—tantas veces hemos tocado para indiferente, que ahora deberíamos hacerlo para los que nos amamos.

—Para ti no hay más placer que la música; todas tus alegrías las reduces á una sola expresion, tocar; ¿te acuerdas del mico que tuvo nuestra vaca?

—¿Quieres cantar tu canción napolitana?

—Con mucho gusto; esa canción ha devuelto la palabra á Lise.

Tomamos nuestros instrumentos; en una hermosa caja forrada de terciopelo guarda Mattia cuidadosa-

mente un violín por el cual no le darian en buena venta ni dos francos, y yo saco de su funda un arpa, cuya madera lavada por las lluvias ha recobrado su color natural.

Nos rodea un círculo de oyentes, pero en aquel momento aparece un perro: es *Capi*. Está muy viejo y sordo, pero conserva la vista en buen estado; desde el almohadon en que se acuesta, siempre ha reconocido el arpa y llega con vacilante paso á tomar parte en la «representacion»; lleva un platillo en la boca y quiere dar la vuelta al círculo del «respetable público», marchando de pié sobre sus patas, pero le faltan las fuerzas; entonces se sienta y saluda gravemente á la concurrencia llevándose la mano al pecho.

Terminada nuestra canción, se levanta *Capi* trabajosamente y «hace la colecta»; cada uno pone su donativo en la salvilla, y asombrado *Capi* del ingreso que ha tenido, me le lleva gozoso. Es el más considerable que consiguió jamás; no hay más que piezas de oro y de plata; ; 170 francos!

Le doy un beso en el hocico como en otro tiempo, cuando él me consolaba, y aquel recuerdo de las miserias de mi infancia me sugirió una idea que expuse al punto.

—Este será el primer donativo para fundar un

asilo para los pobres músicos ambulantes; mi madre y yo harémos lo demás.

—Querida señora—dijo Mattia, besando la mano de mi madre—os pido que me dejéis tomar una pequeña parte en vuestra caritativa empresa; si os parece bien, el producto de mi primer concierto en Londres se sumará con la ganancia que acaba de obtener Capi.



IMPRESIONES DE UN VIAJE A TOLEDO.

En una apacible mañana de Junio varios amigos que habíamos llegado á Toledo con objeto de visitar las bellezas que atesora aquel venerable panteón de nuestras glorias nacionales, dejábamos la ciudad descendiendo á su pintoresca vega por la monumental puerta de Visagra.

Nuestro objeto era hacer una excursión por los alrededores de la Roma española, recorrer la apacible y florida ribera de ruidoso Tajo, y acabar de completar nuestro viaje de recordo evocando recuerdos históricos y conociendo practicamente los sitios donde la tradición nos dice sucedieron tantos y tan notables acontecimientos.

Habíamos ya visitado el majestuoso y soberbio alcázar, aquel gigante de piedra que se eleva desafiando el curso de los siglos, ornado con el manto que le tejieron los genios de Herrera, Covarrubias y Villalpando.

Habíamos sentido en el corazon el religioso reconocimiento que inspiran las gigantescas bóvedas de su catedral gótica, sorprendiéndonos á cada paso ante las innumerables bellezas que aquel magnifico templo atesora.

Nos habíamos situado bajo los airosos arcos de heróica Santa María la Blanca, hermoso ejemplo de arquitectura siriá, perpétuo testigo de las concepciones del genio de la raza ardiente y poética de los hijos del desierto.

Habíamos admirado el magnifico monasterio de San Juan de los Reyes, en notable ejemplo del gótico florido, el mejor tal vez que en Toledo existe, esa sublime concepción de Juan Guas, mandada fabricar por los católicos monarcas en conmemoracion de la batalla de Toro, entusiasmándonos con su impudorable claustro, su atrevido crucero y sus tribunillas caídas que desafían el encoje.

Habíamos visitado Nuestra Señora del Tránsito, célebre sinagoga levantada de orden de Samuel Levi, tesorero del rey D. Pedro, y cuya fabrica le valió la muerte.

Habíamos entusiasmado de admiración ante la última obra del cincel de Berruguete, ante los cuadros del Greco, ante los frescos de Joblan.

En fin, habíamos admirado cuantas maravillas el arte, el genio y la ciencia levantaron en el seno de la ciudad egreigia, y queríamos recrear nuestro ánimo admirando tambien las bellezas con que ornó la Naturaleza los alrededores de una ciudad tan grande en el pasado, como pequeña en el presente.

Así, pues, empezamos nuestra excursión contemplando la antigua puerta de Visagra, hoy tapiada, la misma que dió paso á Alfonso VI y á sus hueros, cuando arrancaron á Toledo del poder de los sectarios del Corán; pero al verla no pudimos ménos de disgustarnos contra los que permiten, ó toleran por lo ménos, que aquel monumento, que tan en buen estado se conserva, se encuentre casi cubierto de escombros.

Recorrimos el sitio donde se alzaba la célebre basilica de Santa Leocadia, hoy pequeña capilla del Cristo de la Vega; antiguo templo donde se celebraron algunos de los primeros concilios de Toledo.

Visitamos las venerables ruinas de los espaciosos circos, de las anchurosas termas y de los templos alzados durante la dominación romana de los dioses del paganismo.

Atravesamos algunos de los poéticos cigarales que cercan á la imperial ciudad prestándole alumbra de deslumbrante verdor, amenisimos sitios donde se recreaban y escribían algunos de nuestros más distinguidos literatos antiguos, y nos aventuramos por la margen encantada y florida del Tajo, que se desliza tranquilo y majestuoso por aquel sitio, fecundando con sus aguas frondosos huertos y extendidos valles, y sirviendo de motor á las máquinas de la tan renombrada fábrica de armas.

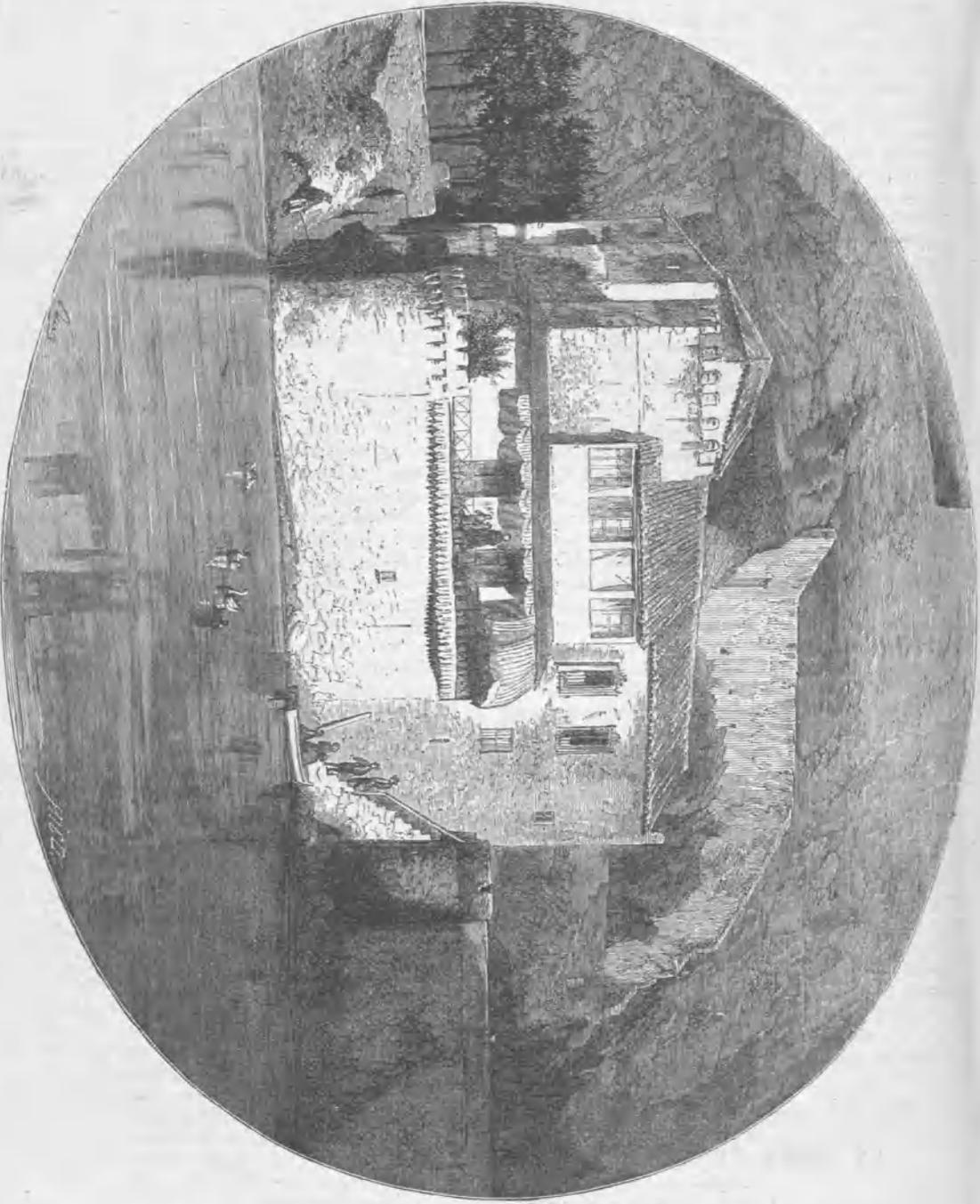
¡Cuánto partido podía sacarse en Toledo de ese hermoso caudal de aguas que corre besando los muros de la ciudad, sirviendo ahora sólo para el riego, y moviendo cuatro molinos microscópicos!

¡Qué de fabricas y artefactos no podrían alzarse en sus orillas! ¡Cuántos beneficios no reportaría su navegacion!

Pero dejémos de consideraciones de este género y prosigamos nuestro paseo.

Seguimos, pues, la margen del rio, admirando desde allí la antigua puerta de Cambren, mandada construir por el rey Wamba, á cuyo lado se alzaba el alcázar godo, desde cuyos miradores vió, en mal hora para España, el infeliz monarca D. Rodrigo á la hermosa hija del conde D. Julian.

LA CASA DEL BARCO EN TOLEDO.



Repasábamos el puente de San Martín, renovado por el arzobispo D. Pedro Tenorio, en sustitución del antiguo, destruido por una fuerte avenida durante la guerra civil de D. Pedro y D. Enrique, y cuyas ruinas se ven algo más abajo, siendo uno de sus machones lo que el vulgo llama el Baño de la Cava; y caminando por la margen del río, que se arrastra en aquel punto por un lecho de graníticas rocas, llegamos á la pintoresca explanada conocida con el nombre del Barco.

Desde allí se descubre un cuadro encantador.

La poética ermita de Nuestra Señora del Valle, enclavada en medio de la erizada sierra en el mismo punto donde existía antes de la conquista el monasterio de San Pedro y San Félix, asemejase á un nido de águilas colgado de la roca que la sostiene sobre el insondable precipicio que se abre á sus pies.

La piedra del Rey Moro, gigante inmenso de granito que alza su cabeza desafiando el curso de las nubes, extiende allí su manto de rocas hasta una distancia infinita, protegiendo con él á la ciudad que duerme á su abrigo.

Á su frente, en la misma ribera del Tajo, bañada por sus ondas, se alza la pintoresca casa de nuestro desgraciado amigo D. José Navarro, renombrado artista, que despues de haberse dado á conocer en algunas ciudades de Europa, buscó para su retiro aquel sitio tan encantador, tan poético, cercándole de árboles y de flores, encontrando una muerte prematura allí donde esperaba hallar, al lado de su familia y lejos del bullicio y de las exigencias sociales, la verdadera felicidad.

Tanta nos encantó aquel sitio, que pedimos de él una fotografía, que, convertida despues en grabado, es el que sirve de cabeza á estos ligeros apuntes.

El recuerdo de nuestro desventurado amigo nos ha separado algo del asunto principal; pero volvamos á él.

Continuamos, pues, nuestro paseo admirando la antigua alcazaba, hoy castillo de San Servando, colocada como un vigilante atalaya en la cresta de una parda roca.

El notable artificio que para abastecer de aguas á Toledo alzó el célebre Juanolo Zurriano, y en el cual hoy se están practicando trabajos con el mismo fin.

Los pintorescos palacios de la princesa Galiana, escondidos en el seno de una frondosa alameda, y el soberbio puente de Alcántara, mandado fabricar por Alf, hijo de Malcomet Alameri, alcaide de Toledo.

Allí terminá nuestro paseo, y las impresiones que durante él asaltaron nuestra imaginacion son las mismas que en desordenado tropel hemos expuesto.

J. C.

LA CARTA DE LA TIERRA.

El grabado que con este epigrafe publicamos en este número representa una de las escenas de costumbres de nuestro pueblo que más se prestan á la observacion del artista.

Uno de los que figuran en el dibujo ha recibido carta de la tierra, es decir, de su padre, de su madre, de su mujer, de su hijo ó de persona muy íntima, pues no es cosa de gastar el valor de un sello para escribir á un amigo.

Tomados algunos agudadores asturianos, pues á ellos se refiere el grabado, se deletrea entre sorbo y sorbo de un vino que nada se parece al jerez y al Málaga, y con una vez que no tiene gran afinidad con la de los tenores que cantan en el teatro Real (hablamos de los buenos), se deletrea, decimos, la esperada carta, que los demás oyen con enternecimiento, con alegría y con un palmo de boca abierta.

CARTA DE MIGUEL CERVANTES

ESCRITA DESDE SU CAUTIVERIO EN ARJEL.

De Miguel de Cervantes cautivo; á M. Vozquez, mi señor.

Si el baxo són de la zampoña mía Señor, á vuestro oydó no ha llegado
En tiempo que sonar mejor debía,

No ha sido por falta de cuydado,
Si no por sobra del que me ha hoydo
Por estraños caminos desviado.

Tambien por no adquirirme de atrevido
El nombre odioso, la causada mano
Ha encubierto las faltas del sentido.

Mas ya que el valor vido sobrehumano
De quien tiene noticia todo el suelo
La graciosa altivez el trato llano.

Anichilan el miedo y el recelo
Que ha tenido hasta aquí mi humilde pluma
De no quereros descubrir su suelo.

De vuestra alta bondad y virtud sumana
Diró lo menos, que lo mas no siento
Quien de correrlo en verso se presume.

Aquel que os mira en el sabido asiento
Do el humano favor puede encumbrarse
Y que no cesa el favorable viento.

Y él se ve entre las ondas anegarse
Del mar de la privanza do procura
Ó por fas ó por nefas levantarse.

¿ Quien duda que no dize, la ventura
Ha dado en levantar este mozaço,
Hasta ponerlo en la mas alta altura?

Ayur le vimos inexperto y nuevo
En las cosas que agora mide y trata,
Tan bien que tengo envidia y las apruebo.

Desta manera se congoxa y mata
El envidioso que la gloria ajena
Le destruye, marchita y desbarata.

Pero aquel que con mente mas serena
Contempla vuestro trato y vida honrosa
Y el alma dentro de virtudes llena,

No la inconstante rueda presurosa
De la falsa fortuna, suerte, ó hado
Signo, ventura, estrella, ni otra cosa,

Dize que es causa que en el buen estado
Que agora poseis os aya puesto
Con esperanza de mas alto grado ;

Mas solo el modo del vivir honesto
La virtud escogida que se muestra
En vuestras obras y apacible gesto.

Esta dize, Señor, que os da su diestra
Y os tiene asido con sus fuertes brazos,
Y á mas servir siempre es adiestra.

¡Ó sanctos ó agradables dulces brazos
De la sabeta virtud alma y divina,
Y sancto quien recibe sus abrazos!

Quien con tal guía como vos camina,
¿De que se admira el ciego vulgo baxo,
Si á la silla mas alta se aveceña ?

Y puesto que no ay cosa sin trabajo,
Quien va sin la virtud va por rodeo,
Y el que la lleva va por el atajo.

Si no me engaña la esperiencia, creo
Que se ve mucha gente fatigada
De un solo pensamiento y un desseo.

Pretenden mas de dos llave dorada,
Muchos un mesmo cargo, y quien aspire
A la fidelidad de una emboscada.

Cada cual por sí mesmo al blanco tira
Do assestan otros mil, y sólo es uno
Cuya sseta dió do fué la mira.

Y este quizá que á nadie fue importuno
Ni á la soberbia puerta del privado
Se halló despues de visperas ayuno,

Ni dió ni tuvo á quien pedir prestado,
Sólo con la virtud se entretenía,
Y en Dios y en ella estaba confiado,

Vos sois, Señor, por quien decir podría,
Y lo digo y diré sin estar mudo,
Que sólo la virtud fue vuestra guía.

Y que ella sola fue bastante, y pudo
Levantaros al bien do estáis agora,
Privado humilde de ambicion desnudo.

Dichosa y felicissima la hora
Donde tuvo el real conocimiento
Noticia del valor que amda y mora.

En vuestro reposado entendimiento,
Cuya fidelidad, cuyo secreto
Es de vuestras virtudes el cimiento.

Por la senda y camino mas perfecto
Van vuestras pies, que es lo que el miedo tieneo
Y lo que alaba el seso mas discreto.

Quien por ella camina venos viene
Á aquel dulce suave paradero
Que la felicidad en sí contiene.

Yo que el camino mas baxo y grosero,
He caminado en fria noche oscura,
He dado en manos del atolladero,

Y en la esquiva prision amarga y dura
Á donde agora quedo, estoy llorando
Mi corta infelizissima ventura.

Con queexas tierra y cielo importunando,
Con sospiros al ayre escureciendo,
Con lágrimas el mar acrecentando.

Vida es esta, Señor, do estoy muriendo
Entre bárbara gente descreida,

La mal lograda juventud perdiendo.

No fué la causa aqui de mi venuda
Andar vagando por el mundo acaso
Con la vergüenza y la razon perdida.

(Se continuará.)

LAS CACERÍAS EN EL AFRICA ECUATORIAL.

EL ELEFANTE.

(Continuacion.)

Éste, asombrado de tanta destreza, dió un golpe
en el hombro á Chaillu, diciéndole sin sonreirse,
lo cual es milagroso en un negro :

— ¡El hombre blanco matará elefantes!

Ogutá, fiel á su promesa, tardó muy poco en
organizar una gran cacería de elefantes: sus compa-
ñeros de Mbuna y Abokó le secundaron tan bien,
que la expedicion constaba de 500 hombres, y solo
faltaba preparar el bosque tan húego como se fuviese
noticia de la aparicion de alguna banda de elefantes.

Como en el país de los fans abundan mucho, si-
pase muy pronto que habia elefantes en el bosque,
hacia la parte de los Ashúros; y Mbama, Ogotá y
Abokó eligieron ocho ó diez negros que les ayudasen
á preparar el bosque.

Chaillu quiso ser de la partida.

Preparar el bosque es una operación muy penosa y
á veces arriesgada.

Consiste en dirigirse al punto donde han sido
vistos los elefantes, estudiar, por la direccion de las huela-
llas más recientes y por las hierbas ya comidas, en
qué punto se les encontrará el día de la batida, y
hecho esto, que requiere mucha inteligencia y mucha
práctica, se procede á hacer la *toilette* del bosque,
por decirlo así.

El suelo africano abunda de una manera prodigiosa
en fuertes plantas areoladas. Apenas se encuentra
un árbol que no esté ligado á los inmediatos por mu-
chos brazos de aquéllas.

Pues bien, los negros trepan á los árboles y ex-
tenden y aseguran esas ramias de tronco á tronco, en
términos de formar una espesa red. De este modo
queda formada una especie de muralla que entorpece
la fuga del elefante.

Á algunos centenares de pasos se hace igual opera-
ción, y así sucesivamente en una larga extension de
terreno, cuidando de que todas se hallen en una mis-
ma direccion, pues ya hemos dicho que el elefante
parte de frente, atropellando por todo y sin cuidarse
de los obstáculos, á pesar de que los de esta clase le
irritan, le molestan, le fatigan y debilitan.

Tal es la increíble fuerza de esos nervios vegetales
que se entrecruzan de árbol en árbol, se esparcen en
cien dibujos caprichosos por el suelo, cuelgan de las
sumas y cierran el paso.

Ya hemos dicho que aquel día acompañaban á
Chaillu, además de Ogutá, Mbama y Abokó. Este úl-

«Uno era un joven cazador, bastante inexperto aún por falta de práctica, pero cuyo arrojo y destreza le habían granjeado el afecto del experimentado Ogutá.

— ¡Abokó! ¡Abokó! — le decía éste con frecuencia; — te sobra valor, pero te falta prudencia....

— ¿Y para qué sirve la prudencia? — exclamaba el joven negro, dejando ver sus dientes de marfil.

— En los cazadores, para bailar y cantar al rededor de ciertos árboles.

— ¡Bah!

Y Ogutá se alejaba de su discípulo haciendo un ademán que significaba:

— ¡Este muchacho no quiere llegar, y no llegará á viejo!

El día á que venimos aludiendo, cuando llegaron al sitio elegido para hacer la última arremada, Ogutá, al llegar á cierto sitio, dejó su fusil y empezó á bailar y á cantar al rededor de uno de esos árboles elevados, rectos, elásticos como la goma, cuyas ramas, formando arcos, se abargan casi paralelas al suelo.

Chaiilla se quedó sorprendido.

— ¿Por qué baila? — preguntó Chaiilla.

Abokó no supo qué contestar; pero Ogutá, que se acordaba, le sacó de dudas.

— Abokó — dijo el joven negro — me preguntas que para qué sirve la prudencia; yo te contesto que para bailar y cantar al rededor de los árboles; tú te ríes, y sin embargo, sin la prudencia y la serenidad no habría bailado y cantado hoy al pié de esos árboles.

Chaiilla no comprendió nada de las palabras de Ogutá, y Abokó debió comprender muy poco más. Ogutá les refirió entonces lo siguiente:

— Cierta día que con el fusil al hombro registraba el bosque buscando un gamo ó un búfalo, encontré de pronto en un descampado y en presencia de dos elefantes; macho y hembra.

«Éstos le miraron desconfiada y pacíficamente y dieron algunos pasos para alejarse de allí.

«Si Ogutá hubiera imitado á los elefantes, no habría ocurrido nada digno de ser referido; pero la codicia, el deseo de poseer dos hermosos pares de magníficas colmillos, indujo al cazador á cometer una falta.

«Sin encomendarse á Dios ni al diablo, cobróse el fusil á la cara, hizo la puntería cuidadosamente, salió el tiro, y la hembra cayó al suelo muerta.

«La bala, entrando por un oído, le había penetrado en los sesos.

«El macho, al ver caer sin vida á su compañera, lanzó un rugido, y semejante á una avalancha, se precipitó sobre el imprudente cazador.

«El suelo temblaba seriamente bajo su tremenda pisada.

«Ogutá comprendió que era hombre muerto y huyó hacia el bosque con la rapidez de una flecha.

«Pero el impetuoso elefante ganaba terreno por momentos.

«Ogutá distaba de los primeros árboles, que eran jóvenes y pequeños, treinta ó cuarenta pasos.

«El elefante distaba de él sesenta ó ochenta.

«Pero Ogutá sabía que antes de que llegase á un árbol corpulento sería alcanzado, derribado y despedazado bajo las tremendas pezuñas del monstruo. Sin embargo, seguía corriendo: ¿por qué y para qué?

«Porque el miedo, cuando se convierne en pánico, es superior á la razón, á la voluntad y al valor.

«Cuando Ogutá, loco, jadeante, llegaba á los primeros árboles, el elefante estaba ya á punto de alcanzarle; y entonces, sin darse cuenta de lo que hacía, dió un salto, se asió á una de las ramas del árbol y se encontró momentáneamente libre de su enemigo.

«Éste, cada vez más furioso, volvió su colera contra el árbol. Con su terrible trompa desgajó en un momento cuantas ramas pudo alcanzar, y luego atacó al tronco con sus patas y sus colmillos: el tronco, á cada embestida, se doblegaba prodigiosamente, obligando á Ogutá á asirse á las ramas con toda su fuerza para no ser despedido á una gran distancia.

«El árbol amenazaba caer derribado bajo el tremendo trabajo de las patas del elefante; Ogutá lo comprendió, y en uno de los vaivenes de la rama á que estaba asido, cuando chocó contra la copa del árbol inmediato, soltó las manos y se asió al otro árbol.

«El elefante volvió contra éste toda su furia, y Ogutá hubo de repetir la misma operación una, dos, tres, seis veces, hasta que por último llegó, saltando de rama en rama con la agilidad de un mono ó de un negro, que viene á ser lo mismo, á un árbol corpulento, secular, donde no debía temer las iras de su obstinado y vengativo adversario.

«El elefante, viendo que sus ataques apenas conmovían el nuevo refugio del negro, trató de alcanzarlo con la trompa, y como no pudiera conseguirlo, fué á situarse á veinte pasos del árbol, para ver mejor al negro y esperar á que bajase.

«Ogutá, sentado á horcajadas en un robusto brazo del árbol, descansaba de sus anteriores ejercicios y preguntaba cuántos días permanecería allí el elefante.

«Felizmente no había abandonado su fusil.

«Cuando hubo recobrado la razón, cuando hubo vencido el miedo que hacía palpitár su corazón, cargó tranquilamente su arma y bajó á situarse en una rama más proxima al suelo.

«El elefante se acercó al árbol, creyendo que su enemigo se entregaba.

«Esto era lo que Ogutá quería; sentado en un brazo del árbol, y apoyada la espalda contra el tronco, cobró el cañón del fusil sobre una rama, llevóse la culata al hombro, cerró el ojo izquierdo, inclinó la cabeza á la derecha, y permaneció inmóvil, semejante á una estatua de ébano.

«Sonó el tiro; el elefante dió un rugido tremendo, y semejante á una montaña de granito, despedida por el brazo de un titán, se estrelló contra el árbol, que osciló como una caña dulce agitada por el aire, y se desplomó sobre sí mismo.

«Ogutá, que no estaba asido del árbol, cayó sobre el elefante.

«Pero el elefante estaba muerto!

«Por esta razón, siempre que pasaba por aquel sitio



se detenía, y lleno de gratitud bailaba y cantaba al rededor del árbol que le había librado de la muerte.

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

(Se continuará.)

CUATRO SEMANAS EN EL MAR GLACIAL DEL NORTE.

(Continúa.)

Masas imponentes de hielo flotando se precipitaban impelidas por la tempestad, por el canal de Yugore al mar de Kara, haciendo un ruido espantoso y amenazando con la muerte y la destrucción á lo que atreviera á oponerse á su paso. Á veces nos veíamos precisados á levantar las anclas para impedir que se hiciera pedazos el buque. Sólo la excelencia y la experimentada solidez del *Yermak* eran capaces de sufrir choques tan violentos como los que con tanta facilidad estaba recibiendo nuestro buque á cada instante. Durante la noche entera trabajamos con todas nuestras fuerzas; las anclas llegaron al fondo de rocas del mar, y calculé que la velocidad de la corriente era de cuatro nudos. El *Embrión* fué estrechado por una gran masa de hielo y arrastrado al mar de Kara con una violencia irresistible. Consideré irremisiblemente perdido el buque y á su tripulación que parecían mostrarnos el camino que íbamos á seguir en nuestra propia suerte. Antes de las cinco de la mañana había pasado el mayor peligro; el viento se había calmado algo y el mar estaba más tranquilo. Reanimado por la esperanza, nos dimos de nuevo á la vela para tratar de evitar más fácilmente el hielo en cuanto fuera posible, por medio de la conocida velocidad del *Yermak*. Poco á poco el viento fué siendo más débil, de modo, que con un viento suave del Sur el buque todavía obedecía al timón, y podíamos apartarlo de las masas de hielo que pasaban á nuestro lado. En estas circunstancias era completamente imposible pasar otra vez el estrecho de Yugore y volver atrás. Después de los trabajos de la última noche y de las dos anteriores, en las cuales no había estado yo bajo cubierta, necesitaba algún descanso, y por lo tanto, dejé solo al piloto Mathiesen y me fui á descansar después de haberlo ordenado que me despertara sino podía llegar á anclar bajo la pequeña isla de Sokolú. Á las diez de la noche me desperté, la isla de Sokolú había quedado muy lejos detrás de nosotros; porque como la goleta, por razón del viento suave estaba sólo con la vela de juanete, no podía oponerse á la corriente, y el buque fué arrastrado violentamente con las masas de hielo que le rodeaban al mar de Kara. No era posible de modo alguno tratar de echar el ancla; el mar era demasiado profundo y por todas partes estaba lleno de rocas. Yo suñé un mástil con el antorjo en la mano, y percibí ante nosotros, en la masa de hielos, un canal abierto que se extendía hacia la tierra firme, y como reconocía la imposibilidad de volver atrás contra la corriente, habiendo tan poco viento del Sur, y aun este contrario, resolví correr por aquel canal es-

perando alcanzar de este modo la tierra firme. Al mediodía volvimos á hallar el *Embrión*, lo que á todos nos causó una alegría indecible; en la última noche había sido arrastrado por el empuje de las masas de hielo y tenía una abertura, por la cual hacia agua, pero se mantenía aún con vigor sobre el agua y no había perdido ningún hombre.

El viento siguió siendo siempre flojo, de modo que sólo llenaba las velas superiores. Apenas hacia media hora que íbamos por el canal abierto, cuando se corrió súbitamente, no siendo ya más que un estrecho riachuelo, y desde el mástil podía yo percibir, para aflicción nuestra, que poco á poco iba perdiéndose en el hielo; ¡hasta el punto más distante á donde podía alcanzar la vista no se percibía más que hielo, sólo hielo!

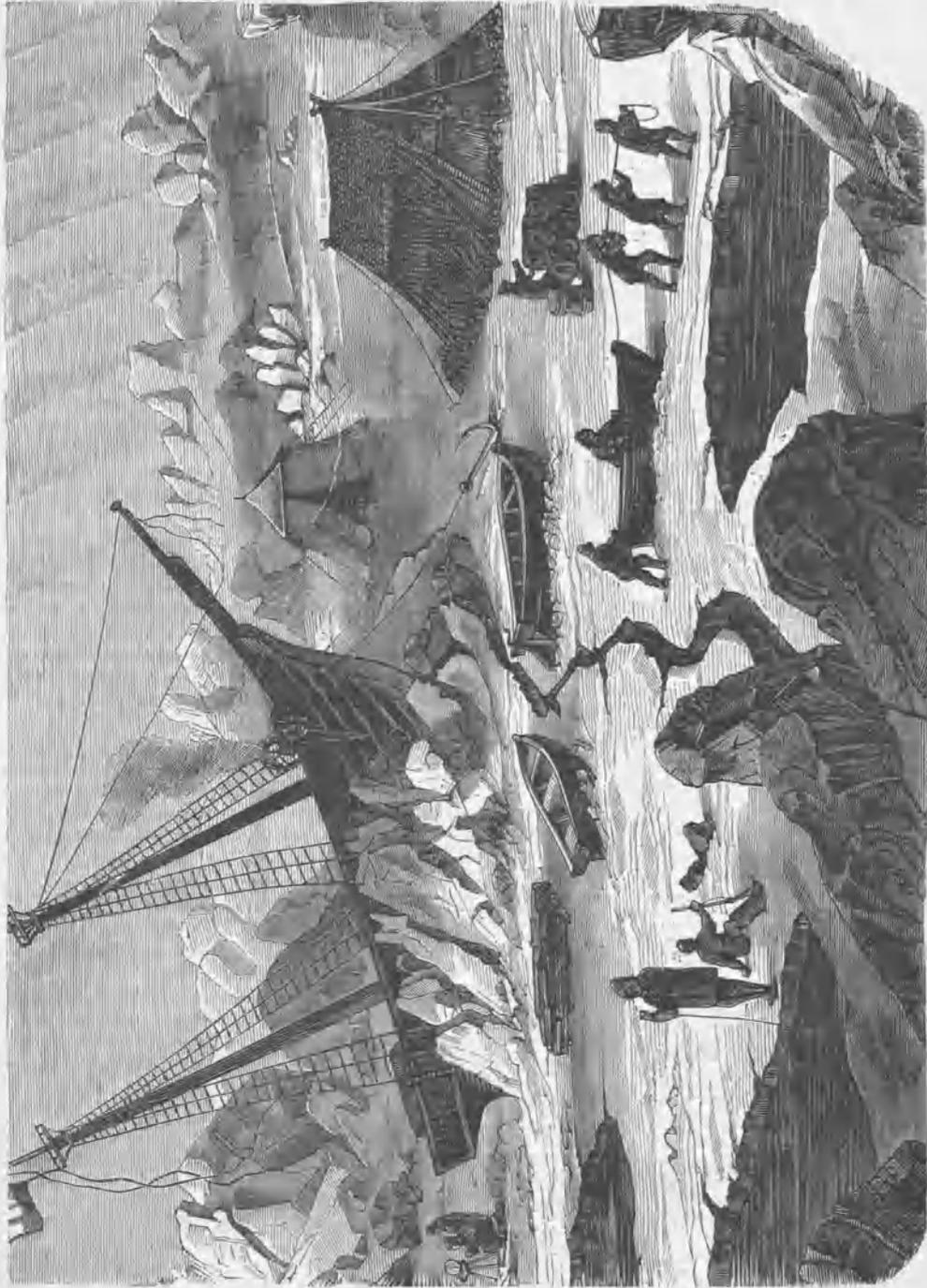
Cuando nos persuadimos de la imposibilidad de salir de allí, traté de poner en planta el último medio. Durante un momento, el resultado de la tentativa pareció coronar con buen éxito nuestros esfuerzos; la goleta se sostenía bien con un viento algo más fuerte, aunque debía virar á cada momento. Yo había dejado libre al *Embrión*, diciendo á su gente que tratara de todos modos de llegar á tierra y que no se cuidara de nosotros.

Sin embargo, pronto desapareció nuestra última esperanza; el viento se calmó del todo, y aunque remolcábamos con los botes y toda la tripulación tiraba para arrastrar el buque, todo fué infructuoso. El espacio para navegar era cada vez más estrecho, y últimamente me ví obligado á aferrar la goleta á una masa de hielo. El *Embrión* entre tanto trabajaba con los remos para acercarse más á tierra, y espero que habrá podido lograrlo y que se habrá salvado la tripulación. La masa de hielo á que habíamos aferrado, vendría á tener unos 28 pies de grueso, y era bastante grande. Esto pasaba el día 14 de Agosto, á la una y media de la tarde; si hubiésemos tenido la fuerza de un vapor por espacio de una hora solamente, nos habiéramos salvado.

Todo el tiempo que pasamos sobre esta masa de hielo estuvimos en un perpetuo sobresalto.

Habíamos levantado algunas tiendas de campaña, y habíamos descargado la goleta, echando los botes sobre el hielo, y estando preparados á saltar de á bordo así que la goleta se abriera. Á cada instante, cuando el hielo le empujaba, el buque crujía por todas sus juntas; el costado derecho se abrió una media brasa, y sin embargo, no hacia aún agua; esta goleta era extraordinariamente fuerte. Sin embargo, el hielo le hacía echarse ya sobre un bordo, ya sobre otro, poniéndole luego derecho y levantándole tanto sobre el agua, que acaso vendría á estar tres pies más elevado que las masas de hielo. Á veces sufría tales choques, que se sentía un crujido en todo el buque que hacía sudar de angustia á los más tímidos de la tripulación. Yo, entre tanto, hacía observaciones astronómicas y escribía nuestro diario meteorológico. Á pesar de esto continuábamos viviendo siempre en el buque, aunque todo lo habíamos llevado sobre el hielo.

Tanto nuestras observaciones, como el cambio fre-



LA GOLETA YERNAR EN EL HIELO.

cuenta y la diferencia de profundidad, mostraban que nosotros con toda la superficie de hielo en que yacíamos, éramos arrastrados ya al Sudoeste, ya al Este, y á veces al Noroeste. En latitud variábamos poco entre los 69° 54' y los 79° 5'.

Así llegamos á ver casi toda la costa meridional hasta la embocadura del Kara, pero los vientos del Sur y del Sudoeste nos arrastraban luégo á la costa oriental del mar de Kara. Esta situación duró todo el mes de Agosto. No veíamos agua alguna, excepto algunos agujeros muy profundos de agua dulce que habia en el hielo en que estábamos. El 7 de Setiembre reñuí en consejo á todos los del buque, y fué resuelto, que puesto que la goleta con un viento moderado era arrastrada por el hielo, y que en una tempestad seria completamente destrozada, que puesto que ademas la masa de hielo en que estaban nuestras tiendas, que era la mayor de las que habia próximas, tenia ya varias grietas y podía abrirse, que no habia que pensar en pasar el invierno en ella, porque teníamos muy poco combustible á bordo aún cuando quemáramos los palos de nuestras mismas tiendas para ir sosteniéndonos con fuego durante el largo invierno, que ademas en los tiempos tempestuosos del Sudoeste, que reinan en él, Dios sabe á dónde arrastrarían las masas de hielo con la goleta y que no habia que esperar en salir del hielo compacto en el estío venidero, debíamos abandonar el buque y dirigirnos á la costa oriental (de la que, segun nuestras observaciones, nos hallábamos á una distancia de 30 millas) para llegar á Obdorsk.

Se hicieron todos los preparativos necesarios para nuestro peligroso viaje sobre el hielo; un bote fué convertido en trineo y cargado con provisiones y con los instrumentos necesarios. El 9 de Setiembre abandonamos, en efecto, la goleta, haciéndolo tan pronto, porque yo sabia con certeza que á mediados de Setiembre es raro encontrar todavía hombres en las costas del mar Glacial, y como el andar á pie un camino de cerca de 1.000 werstas por en medio de la nieve y con una carga no muy ligera á la espalda, es una empresa problemática, no confiábamos mucho poderla llevar á cabo. Lo que supimos durante esta marcha de nueve dias sobre los hielos, y como nos vimos rodeados por un lado de montañas de hielo, mientras que por el otro teníamos el mar libre, considerando imposible salir de aquella situación, es cosa que no puedo describir, porque me falta espacio en esta carta; sólo un acontecimiento mencionaré algo más particularmente.

Una vez, rendidos de fatiga, nos habíamos echado sobre una masa de hielo detras de pedazos de lo mismo, amontonados unos sobre otros, para tener allí nuestro frío y húmedo lecho, cuando súbitamente la masa en que estábamos fué puesta en movimiento por la tempestad y arrastrada al mar polar con una velocidad furiosa. Ni aún los más valientes creian poderse salvar de esta situación desesperada, y cada uno se coló en brazos de su suerte con toda la mayor serenidad que pudo. Muchas veces veíamos osos polares que pasaban á nuestro lado en pedazos de hielo más pequeños, y que parecian considerarnos

como una buena presa, y no esperar más que el momento en que se hiciera pedazos nuestro barco de hielo para apoderarse de nuestros cuerpos. Tres dias duró esta navegacion incesante, y siempre fuimos en direccion Noroeste hacia el polo. Hacía mucho tiempo que habíamos perdido nuestras gorras, nuestros trajes estaban empapados de agua, y nuestras provisiones consistían únicamente en un poco de bizcocho en muy corta cantidad. El tercer dia cambió el viento, y un grito de alegría salió de todas las bocas; nos dirigimos otra vez hacia la costa, y un rayo de esperanza vino á reanimar de nuevo nuestro valor. Todos los que poco ántes estaban inmóviles, mudos y abatidos, y que ya medio cadáveres se habian echado delante de la muralla de hielo, cobraron nueva vida y corrían contentos alrededor de nuestro pequeño dominio. El viento era muy violento, el mar se levantaba mucho y se ostrellaba constantemente sobre la masa de hielo en que íbamos. Entónces tuvo lugar un accidente que hubiera debido traer de un modo inevitable la muerte de cuatro de nuestros compañeros de sufrimientos. Se hallaban éstos juntos en una punta de nuestro hielo mirando con esperanza y con un deseo ardiente hacia el punto en donde debía aparecer la costa salvadora.

De repente, la punta de hielo en que estaban los cuatro hombres se separó del resto de la gran masa, y los llevó más allá en el mar. Sólo con peligro de la vida y con grandes esfuerzos logramos volver á recibir á estos desgraciados en nuestra masa de hielo, algo más segura. Por fin alcanzamos otra vez campos de hielo más firmes, y con el resto de nuestras fuerzas continuamos nuestra peregrinacion hacia tierra. Cada uno de nosotros tenia que arrastrar unas setenta libras.

Se podria escribir un libro entero con la relacion de lo que pasamos, de cómo tuvimos que trepar, que saltar, que andar en esta marcha; pero gracias á Dios nos hemos salvado, y ningún hombre se ha perdido. Frecuentemente era Muka el último; pero aún siéndolo, se hallaba con nosotros cuando al fin el 18 de Setiembre, empapados en agua y con un frio muy fuerte, alcanzamos la orilla. Dormimos sobre la tierra desnuda, al aire libre, sin leña para calentarnos y sin tener ni aún el más ligero alimento con que fortalecernos. Cuando amaneció encontramos dos tschumys y nos salvamos! Con sus rengriferos nos trajeron aquí á Obdorsk; nuestro diario, algunas cartas geográficas y un par de armas de fuego es todo lo que he podido traer conmigo del buque.

PABLO KRUSESTERN.

ALDEANO DE FUENTETوبا.

El pueblecito á que pertenece el tipo soriano que hoy presentamos á nuestros lectores, debe su nombre á la famosa carretera de Toba, que se encuentra en su

término, y en la que brota una fuente de la que toma su nacimiento el río Golmayo. Dedicanse los moradores de la aldea á la labranza y al pastoreo, cuya salu-

dable ocupación, unida á sus costumbres sencillas y á lo suave del clima, hace que aquéllos lleguen fuertemente á una edad avanzada, segun se ve en el gra-



ALDEANO DE FUENTETOBA.

bado. La montera, la capa, las pieles con que cubren sus piernas, el cayado y demas adherentes, completan su fisonomía característica.

NOVELAS Y CUADROS DE COSTUMBRES.

HISTORIA DE UNAS BOTITAS.

(A mi tío D. Miguel de Reina.)

I.

Supuesto que de *historia* hablamos, ya que no el año, séame lícito comenzar por *la hora*.

Son las diez de la mañana. La mañana es hermosa y templada, como mañana de Mayo (dato climatológico). Me paseo por la Carrera de San Jerónimo (dato topográfico).

Allí..... en el escaparate de una magnífica tienda, protegidas detras de unos gruesos cristales, como una elige detras de su urna, allí brillan..... ¿qué dirán ustedes que brilla? pero ahora que lo recuerdo: el título del artículo me ha denunciado; allí no pueden brillar más que unas botitas. Botitas de mujer, por supuesto, pero botitas altas, deslumbrantes, con un gracioso moño de seda en el empeine y una hebilla más graciosa todavía que el moño..... pero botitas inverosímiles, botitas liliputienses, botitas incalzables, que sólo podrían servir para calzar á un ángel, si los

ángeles necesitasen calzado. A la contemplación sucedió la codicia.... y entró en la tienda decidida á comprarlas (aquel día había *llorado* en mi bolsillo, á pesar de lo apacible del firmamento), y lo que es más, decidida á no querer sino á la mujer que tenga pié suficiente, ó mejor dicho, *insuficiente* para caminar con ellas.

— ¡Esas botitas! — le digo al maestro, y la salivilla precursora de la proximidad de los grandes placeres inundaba ya las dilatadas papilas de mi enardecida lengua.

— ¡Están vendidas! — fué su contestación.

Aquel día hice mi altar del escaparate de la zapatería; excuso decir que aquel día lo pasé ante semejante *iglesia*.

Ha transcurrido un día, ó hablando con propiedad, sólo ha transcurrido una noche.

Vuelvo á la Carrera de San Jerónimo, decidida á conocer á la divina compradora de aquellas botitas, á la mujer que, *in pectore*, consideraba ya como mi predestinada.

Miro de nuevo al escaparate.... y una mano de esas que Balzac no *soñó* nunca en sus tipos aristocráticos, ni Rafael llegó á pintar, una mano que no podía ser otra que la de la dueña de las botitas; sacaba éstas del escaparate con la mayor presteza, y á través de los multiplicados productos del arte zapateril que casi me la ocultaban, adivinaba ya una fisonomía melancólica y juvenil, á la que adoraba con todo el ardor de mi corazón.

Esperé verla salir de un momento á otro.... me coloqué temblando, junto á la puerta del escaparate.... pasó un cuarto de hora, pasó una hora, y mi desconocida *diva* no daba señales de salir.

Entro en la tienda resuelto á todo, loco de impaciencia, pero ¡néscio de mí!.... La zapatería hacía esquina, y la adorable jóven y las adorables botitas se me habían escabullido por la Puerta del Sol....

¡Felicidad perdida! ¿Dónde encontrar á aquella mujer? y caso de encontrarla, ¿cómo conocerla? Pero esperen ustedes un ratito, como me sucedió á mí en aquella ocasión, y sírvanse trasladarse luego al segundo capítulo de esta historia.

II.

Mi aventura comenzó en líneas. Estamos en domingo.

En ese espacio de tiempo hizo Dios el mundo, y yo todavía no he podido hacer un artículo. Pero no se impacienten ustedes, y reanúdase el hilo.... á el algodón de los acontecimientos.

Llueve á cántaros. Estoy desocupado, y me echo á la calle á curiosear y á hacer el oso por la villa del idem. Las familias se precipitan en la iglesia de San Luis.... la misa de una va á salir.... la gente corre.... ¡Qué devoción tan consoladora!

De repente pára una blasonada berlina á la puerta de la iglesia.... abre un lacayo la portezuela, y simultáneamente veo salir de ella un pié.... digo mal, una botita, y luego otra; en fin, el mismo par de botitas de la Carrera de San Jerónimo. Mi adorada descono-

cida estaba más pálida y más bella que el día que la vihubré tras los cristales de la bendita zapatería.

Entró en misa.... y ¿quieren ustedes que sea franco? Aquel día la vi y la vi en los ojos de aquella celestial mujer.... que también me miraron con una expresión de ternura y de melancolía infinitas.

La misa fué la más coga que he oído en mi vida. Concluida ésta, no mi vida, sino la misa, partió mi desconocida al trote de las yeguas de su berlina, yo, desconsolado al verla desaparecer, escribía en mi corazón, sin ser editor, y recordando mis desgracias en la zapatería, estas dos palabras: *¡Segunda edición!*

III.

Estamos en el mes de Noviembre, en el mes de la tristeza y de la caída de las hojas.... (estilo nuevo).

Concluí en Mayo á la mujer que áun seguía siendo mi *desconocida*. Habían transcurrido siete meses desde las escenas de la Carrera de San Jerónimo y de la iglesia de San Luis, pero.... ni una probabilidad que me trajese la alegría de saber de aquella mujer; ni un amigo portador de una noticia que la atañese; y cuando pasaba en el Prado, y saludaba á las flamas, me era forzoso sufrir en silencio el sarcasmo de mis compañeros, que me decían con la mejor buena fe: *¡Conoces á todo Madrid!*

Concluía ya el mes y con él mis esperanzas y mis ilusiones, cuando por una de esas antítesis intermedias de que se forma lo que llamamos *vida*, hubo de asistir al casamiento de un amigo mío en la misma iglesia de San Luis, testigo en otro tiempo de mi desvanecida felicidad.

Terminada la ceremonia atravesamos la iglesia. En la nave central se alzaba un túmulo, y en él estaba colocado un ataud descubierta.

— ¡Mal presagio para la boda! — me decía mi amigo, impresionado.... y ya con él cerca de la puerta, por una atracción irresistible, me volví hácia el féretro: ¡el outáver me enseñaba los piés!

Di un grito, y me falló poco para caer desvanecido sobre el pavimento.

Las botitas estaban en el ataud.... y ostentaban el gracioso moño de seda en el empeine, y la hebilla más graciosa todavía que el moño.... y ella, la melancólica virgen, no más pálida que el día que la vi al bajar de la berlina en aquella misma iglesia, ora la que yacía allí sin vida.... ¡y su alma, mientras los sacerdotes entonaban á coro las salmodias de los muertos, hacía coro con los ángeles, cantando las alabanzas de su divino Hacedor!

En medio de aquel golpe tan imprevisto, una idea, la única que en tal momento podía mitigar mi dolor por aquella vida perdida, y que hasta cierto punto era la mía, vino á llevar un rayo de consuelo á mi corazón....

Pero este *rayo* merece capítulo aparte.

IV.

Lectores míos, comienzo por pedirles perdón. Soy un criminal. *¡Yo he robado!* Verdad es que este robo

cu vez de remordimientos, le debo las horas más dulces, ó por mejor decir, las únicas horas dulces de mi vida.

Sobre la mesa de mi cuarto hay una caja de ébano, oblonga, y levantada la tapa por el resorte, se deja ver entónces otra caja de cristal.

Allí ama, allí reza, allí llora, allí es feliz, allí escribe versos, allí cree, el autor de este artículo.

Aquella caja simboliza su dicha, allí hay cera de la que ardió en el entierro que se verificó cuando la boda; allí, contraídas y abuecadas como el nido que abandonaron los pájaros; allí, como memoria de una felicidad que dió un salto mortal desde el prólogo hasta el epílogo, allí se *veneran* las botitas de la Carrera de San Jerónimo, que terminaron la suya por acá abajo, en el ataud de la iglesia de San Luis.

Entre las dos botitas hay un papel con orla negra, regado con el rocío del dolor, regado con mis lágrimas, como se riegan las flores que nacen junto á las tumbas. En la cubierta del papel se lee este título: HISTORIA DE UNAS BOTITAS.

Advertencia.—La precedente historia la encontré entre los apuntes de un amigo mío que me nombró su albacea, y que murió hace diez y ocho años en una casa de locos.

RICARDO MOLY DE BAÑOS.

CANTARES.

I.

Consulté con las estrellas
Para saber mi destino,
Y noté que se movían
Y formaban tu apellido.

II.

Cuando llega el invierno
Todo blanquea;
Por eso tengo canas
En mi cabeza.

III.

En tus labios yo quisiera
Poner un besito ó dos,
Para ver si se endulzaba
La hiel de mi corazón.

IV.

Por la senda de la vida
Vamos tropezando siempre,
Y al fin y al cabo caemos
En la fosa de la muerte.

V.

Ojos azules tienes,
Color de cielo;
Tu corazón es rojo,
Color de infierno.

VI.

Dios hizo que la vergüenza
Fuera una flor encarnada,
Y para ser mejor vista
Nos la trasplantó á la cara.

MELCHOR DE PALAU.

PENSAMIENTOS.

De una tierra labrada ó cultivada no nace solamente trigo, sino una civilización entera.

LAMARTINE.

Si alguno te habla de enriquecerte por otro camino que el del trabajo y la economía, no le creas; es un envivenador.

FRANCKLIN.

Pobre concepto he formado siempre de quien no tiene enemigos; pues he advertido que sólo de los necios no se dice mal.

CARACCIOLI.

La gravedad es no pocas veces un misterio del cuerpo inventado para cubrir los defectos del alma.

LA ROCHEFOUCAULD.

Haciendo guerrear á los hombres, uno se dispensa de gobernarles bien.

MIRABEAU.

LA CRUZ DE LA VICTORIA.

Este monumento marca el sitio donde D. Jaime el Conquistador, que habia salido de Almenara con objeto de practicar un reconocimiento sobre el castillo de Sagunto, se vió atacado y envuelto por fuerzas árabes muy superiores á las suyas.

Rodeado el valeroso monarca por todas partes, se defendía denodadamente hacia ya una hora, cuando avisada la guarnición de Almenara, cargó sobre los moros, los cuales se vieron obligados á ceder el campo á sus contrarios.

En acción de gracias al Todopoderoso, el rey don Jaime hizo levantar la cruz que el grabado reproduce, en el mismo teatro de la memorable batalla, ocurrida por los años de 204.



LA CRUZ DE LA VICTORIA.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Terminando en este número la novela **Sin Familia**, en el próximo empezaremos á publicar las tres novelas siguientes :

LOS MISTERIOS DEL BOSQUE VIRGEN,

POR LUIS BOUSSENARD.

EL BANDOLERO, Ó UNA BODA EN LAS MONTAÑAS,

POR MAYNE-REID.

EL SARGENTO FEDERICO,

POR ERCKMANN-CHATRIAN.

**Solucion al jeroglífico del número anterior.**

Quién á solas se ríe, de sus picardías se acuerda.

SUMARIO.

GRABADOS.—La casa del Barco en Toledo.—La carta de la tierra.—La goleta Yermak en el hielo.—Aldeano de Fuentetoba.—La Cruz de la Victoria.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.

TENTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—Sin familia (fin).—Hector Malot.—Impresiones de un viaje á Toledo.—La carta de la tierra.—Carta de Miguel de Cervantes.—Las cacerías en el África ecuatorial (El Elefante) (continuación).—Cuatro semanas en el mar glacial del Norte (conclusion).—Aldeano de Fuentetoba.—Historia de unas botitas, por Ricardo Moly de Baños.—Cantares, por Melchor de Palau.—Pensamientos.—La Cruz de la Victoria.—Advertencia importante.—Solucion al jeroglífico.